

«LO QUE CAE, ESO ES LO QUE DEBÉIS EMPUJAR»: EL GIRO AUTORITARIO CONTEMPORÁNEO DESDE TH. W. ADORNO*

CRISTINA CATALINA GALLEGO
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: El artículo examina el giro autoritario contemporáneo a partir de una lectura de los análisis de Th. W. Adorno sobre la relación interna entre capitalismo y subjetividad autoritaria. Para ello, se aborda su aproximación a la propaganda fascista como movilizadora de rasgos psicosociales autoritarios generados tendencialmente en determinadas condiciones del capitalismo avanzado. A partir de ahí, se analiza la especificidad de los procesos sociales y de subjetivación contemporáneos que recrudecen dichos rasgos en la actualidad. En el contexto de la crisis de reproducción de la vida y de la generalización del darwinismo social —que intensifica la experiencia del miedo y la impotencia social—, se examina cómo ciertos procesos sociales refuerzan disposiciones autoritarias como la frialdad y la indiferencia social. Los nuevos radicalismos de derechas canalizan estas tendencias hacia la constitución de comunidades de los «protegidos» frente a los «otros» amenazantes. La máxima identificada por Adorno como consigna de la sociedad de clases —«lo que cae, eso es lo que debéis empujar»— condensa hoy la barbarie del capitalismo contemporáneo.

PALABRAS CLAVE: Adorno; subjetividad autoritaria; teoría crítica; giro autoritario; capitalismo y fascismo.

«What Falls, that You Must Push»: Reading the Contemporary Authoritarian Turn with Th. W. Adorno

ABSTRACT: The article examines the contemporary authoritarian turn through a reading of Th. W. Adorno's analyses of the internal relation between capitalism and authoritarian subjectivity. It revisits his account of fascist propaganda as a mobilizer of psychosocial traits generated under advanced capitalist conditions and explores how current forms of social organization and subjectivation intensify these tendencies. In the context of the crisis of social reproduction and the spread of social Darwinism—which amplify fear and social impotence—processes such as the culture of performance, competition, and individual responsibility reinforce dispositions of coldness and social indifference. The new radical right channels these tendencies into communities of the «protected» against threatening «others». The maxim identified by Adorno as the slogan of class society—«What is falling, that you should also push»—today condenses the destructive rationality of capitalism.

KEY WORDS: Adorno; Authoritarian subjectivity; Critical theory; Authoritarian turn; Capitalism and fascism.

«Lo que cae, eso es lo que debéis empujar»: esta máxima de Nietzsche¹ expresa para Adorno «un principio que define la praxis de la sociedad de clases»

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Constelaciones del autoritarismo: memoria y actualidad de una amenaza a la democracia en perspectiva filosófica e interdisciplinar» (PID2019-104617GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

¹ Adorno considera que Nietzsche se sirve de esta verdad de la sociedad capitalista para oponerse cínicamente a su ideal. En lugar de revelar su falsedad, como haría Marx, incita a la ideología del odio en un «mundo de odio» y ataca, por su falsedad, la «ideología del amor», como si eso constituyera una forma de crítica (ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», en *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*, Madrid: Akal, pp. 347-364, aquí pp. 359-360).

capitalista, incluso mejor que la «tesis *bellum omnium contra omnes* que se halla(ba) al comienzo de la era de la libre competencia»². La emergencia del capitalismo no sólo significó el establecimiento de relaciones de competencia entre individuos aislados en la persecución de su interés privado en el mercado —esto es, una forma de guerra «pacificada» de todos contra todos—, sino que también supuso la constitución de una masa de población que, por su desposesión o separación del acceso autónomo a medios de vida, depende para su subsistencia de la oferta salarial que posee privativamente el capital —esto es, instituyó clases sociales situadas en posiciones asimétricas y con intereses antagónicos—. La condición de dependencia objetiva del proletariado lo sitúa en una posición de vulnerabilidad e impotencia social³. La coacción muda que conduce a la venta de su fuerza de trabajo en aras de la subsistencia lo sitúa en la inercia de una pendiente de no-libertad, en constante empuje hacia la sobreexplotación, la miseria, la superfluidad o la no subsistencia. Esta caída potencial sólo se desmentiría como posibilidad mediante una superación de la constitución social capitalista y, con ello, de la categoría misma del proletario. En este sentido, en la medida en que la caída potencial como destino del proletariado no le pertenece como sujeto; en condiciones capitalistas no sólo la libertad, tampoco el bienestar están asegurados.

Durante la época dorada del capitalismo, cuando la mejora de las condiciones de vida del trabajo asalariado garantizado parecía haber detenido esta caída, Adorno advertía de la profundización de la pendiente que empuja al proletariado, es decir, a la categoría social «de lo que estaba privado de libertad y era injusto» en el marco de la sociedad burguesa⁴. Adorno señaló no sólo la persistencia de la sociedad de clases, sino también el incremento de la impotencia social proletaria o, dicho de otro modo, de la intensificación de su condición de desposesión y separación del acceso a medios para la reproducción de su vida, más allá de los medios de producción. Cada vez más elementos presupuestos en la reproducción del proletariado dependían, directa o indirectamente, de la lógica de la acumulación de capital. Más allá de la aparente clemencia que anunciaban los datos relativos a la estratificación social —para cuya evidencia experiencial se recurría a la noción de clases medias—, Adorno señaló que el antagonismo de clase se recrudecía con los procesos de concentración de capital y de mercantilización del tiempo liberado del trabajo. El gran capital no sólo continuaba ejerciendo un dominio impersonal sobre el trabajo por poseer privativamente su único medio de vida, sino que además detentaba ahora una mayor capacidad para organizar

² ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 359.

³ En este texto el término proletariado no se usa como equivalente al trabajo asalariado, ni tampoco a la clase obrera industrial. Se refiere a la condición de desposesión o separación del acceso a medios de vida propios fundante de la coacción impersonal a la venta de la fuerza de trabajo para obtener un ingreso dinerario como medio de subsistencia. Esta condición hace al proletariado dependiente de la oferta salarial y de las condiciones laborales del capital.

⁴ ADORNO, Th. W., «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», en *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*, Madrid: Akal, pp. 330-344, aquí p. 343.

y condicionar, en diferentes grados de mediación, muchos aspectos de la vida social y personal. Se abría, entonces, una mayor brecha de poder entre trabajo y capital: la extrema impotencia del proletariado se enfrentaba al poder concentrado del gran capital. Así, la tendencia objetiva del sistema a la coacción impersonal se veía «duplicada por voluntad consciente de quienes disponen sobre ella». «El sistema ciego es el dominio, por eso beneficia siempre a los que dominan»⁵.

De este modo, tras la imagen de la celebrada mejora de las condiciones de vida, el diagnóstico de Adorno incidía en la persistencia y en la amplificación de la injusticia y la no libertad. Funcionaba, así, como una advertencia de que la profundización de la dependencia proletaria del capital, además de ser signo del avance en la prehistoria y causa de dinámicas de socialización y subjetivación potencialmente autoritarias ya presentes en su propia actualidad, contenía peligros futuros latentes. Lamentablemente, esto se ha confirmado con el posterior giro neoliberal, que ha supuesto no sólo el deterioro de estándares de vida de la población acomodada y la intensificación de los rasgos autoritarios subjetivos, sino también un incremento del proletariado sobrante a nivel global y una proliferación de políticas y movimientos de corte fascista. Si bien durante el momento keynesiano del capitalismo, buena parte de la población en la periferia del capital no disfrutó de mejoras en los estándares de vida, ello no significa que la contemporaneidad se caracterice únicamente por la amenaza de pérdida de privilegios de la clase media que se benefició del garantismo laboral y el proteccionismo social. En la medida en que el avance del capitalismo ha supuesto la extensión de la desposesión de elementos fundamentales para la reproducción de la vida a nivel global, ha aumentado la población que no tiene garantizada su reproducción mediante el acceso al mercado y a las protecciones estatales, pero que tampoco tiene medios de vida seguros al margen de estos. Precisamente, tras un proceso histórico de integración en la lógica del capital —o en su gestión estatal— de casi todos los elementos que intervienen en la reproducción vital, las formas sociales capitalistas de acceso a la riqueza están en crisis como medios generalizables de acceso a la subsistencia. Este es uno de los rasgos de la barbarie contemporánea, que tiene su expresión fatídica en la expansión del proletariado sobrante, así como de la violencia estructural, institucional y directa que se ejerce sobre él. Apenas existe un afuera de las formas sociales de la reproducción del capital para la reproducción de la vida, pero no la pueden garantizar. En este sentido, aunque a veces el pensamiento adorniano ha sido recibido como el de un aguafiestas, hoy parece revelarse con más claridad el sentido de su advertencia: que la mejora de condiciones de vida del proletariado mientras subsiste la dependencia del capital, sea o no fruto de la lucha, no dejaba de ser una forma de asegurar «al esclavo la existencia en el seno de su esclavitud»⁶. Por ello, parte de su actualidad reside en el fracaso de su recepción.

⁵ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 360.

⁶ *Ibid.*, 359.

En este sentido, hoy los análisis de Adorno sirven retrospectivamente como una admonición desoída de lo que ya estaba y sigue ocurriendo con mayor intensificación: el empuje de lo que ya está cayendo. Esta tendencia del capitalismo contemporáneo se da en la actualidad de manera recrudecida y en un doble sentido. Por una parte, las políticas neoliberales han supuesto en sí mismas un empuje de lo que ya está cayendo en el sentido de que, partiendo de una desposesión ya amplificada en el capitalismo avanzado, han provocado el deterioro de ciertos mecanismos sociales que actuaban como garantes de la integración social. En la actualidad, no sólo las formas sociales como el trabajo asalariado no aseguran ya un acceso generalizado a la subsistencia, sino que además las formas fundamentales de solidaridad objetiva y subjetiva previas, que paliaban su imposibilidad accidental, han sufrido un deterioro sustancial. La competencia en el mercado se ha erigido en casi el único mecanismo de reproducción vital, convirtiendo al individuo en responsable exclusivo de su propio desempeño, al margen de sus circunstancias y posición social de partida. Esta lógica expresa una creciente indiferencia política e institucional frente al sufrimiento social.

Pero, además, «empujar lo que ya está cayendo» parece haberse convertido en una consigna sociocultural y política que, en cierto modo, implica la naturalización y asimilación del darwinismo social contemporáneo como un destino inexorable, en el marco del cual la única salida posible se presenta como una búsqueda de salvación individual o corporativa. El actual radicalismo de derechas, junto con su difusa cultura del éxito, alienta y moviliza esta disposición mediante seudorracionalizaciones que justifican el sufrimiento de aquellos considerados fracasados, peligrosos o responsables. El señalamiento de chivos expiatorios —sobre los que descargar la rabia y la responsabilidad del malestar social— constituye hoy una de las formas en que se despliega la máxima de la sociedad de clases identificada por Adorno: «lo que cae, eso es lo que debéis empujar». Los grupos que ocupan hoy el papel de chivos expiatorios tienden a coincidir, en Occidente, con el proletariado excedente —tendencialmente personas pertenecientes a minorías raciales, sin derechos de ciudadanía y/o con trayectorias migrantes—, esto es, con los ya empujados en su caída por las políticas neoliberales. La máxima nietzscheana que Adorno identificó como propia de la sociedad capitalista parece traducirse hoy en una guerra contra ciertas facciones del proletariado, alentada por las nuevas formas del fascismo contemporáneo y los nuevos radicalismos de derechas.

1. SUBJETIVIDAD AUTORITARIA Y PSICODINÁMICA DE LA PROPAGANDA FASCISTA

En sus análisis sobre el radicalismo de derechas y la propaganda fascista, Adorno señaló que el «verdadero meollo del asunto» reside en que la agitación fascista moviliza ciertos rasgos psíquicos de carácter autoritario que son generados tendencialmente por los procesos de socialización e individuación del

capitalismo avanzado⁷. No se trata de que la propaganda tenga la capacidad, como instrumento ideológico de la clase dominante, de imponer contenidos falsos de conciencia de manera unidireccional a una masa irracional ni de convencer mediante la exposición de ideas y argumentos⁸. La propaganda fascista «(n)o va destinada tanto a la difusión de ideología»⁹ como a la movilización de «mecanismos inconscientes de las personas», cuya génesis no es psicológica, sino fundamentalmente social¹⁰. Son ciertas modalidades de socialización y subjetivación propias del capitalismo en su desarrollo histórico las que habrían dado lugar a una serie de rasgos psicosociales que hacen a los sujetos susceptibles de ser movilizados por la agitación fascista. Ésta combina, así, técnicas calculadas con la susceptibilidad subjetiva hacia el fascismo que arraiga en las condiciones sociales. Por eso, en 1967, Adorno subraya en que, aunque los movimientos de extrema derecha parecen dirigirse a cualquiera, en realidad su éxito es más probable entre sujetos que, al concentrar ciertos rasgos psíquicos, son más vulnerables a las formas de gratificación y compensación que ésta ofrece¹¹. Es en este sentido que la propaganda, como medio de agitación de masas, funciona como «llamamiento a la personalidad autoritaria»¹².

Se trata de los rasgos de carácter autoritario analizados por Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y R. Nevitt Sanford en su estudio sobre *La personalidad autoritaria*, publicado en 1950, en el que se exponían los resultados de un proyecto de investigación de cinco años desarrollado a partir de la pregunta por la posible conformación de subjetividades potencialmente fascistas en las condiciones sociales del capitalismo de las democracias liberales, pese a la derrota política del nazismo y los fascismos de entreguerras¹³. Más allá del acierto de ciertas observaciones críticas que se han hecho al propio

⁷ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*. Barcelona: Taurus, 2020, p. 41. Ver también: ADORNO, Th. W., *Ensayos sobre propaganda fascista*. Barcelona: Voces y Culturas, 2003.

⁸ ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», en *Ensayos sobre propaganda fascista*. Barcelona: Voces y Culturas, 2003, pp. 9-22, aquí p. 10.

⁹ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, op. cit., p. 41.

¹⁰ ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», op. cit., p. 10; ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista», en *Ensayos sobre propaganda fascista*. Barcelona: Voces y Culturas, 2003, pp. 23-52, aquí pp. 49 y 50. «Las inclinaciones psicológicas no causan realmente el fascismo; lo que sucede más bien es que el fascismo define un área psicológica que puede ser explotada con éxito por las fuerzas que lo promueven por unas razones de interés propio que no son en absoluto psicológicas» (*Ibid.*, 50).

¹¹ «Se dirá una y otra vez que esos movimientos prometen algo a todo el mundo, y eso es cierto como rasgo característico de su falta de teoría. Pero asimismo es falso en la medida en que en ese llamamiento al carácter autoritario se oculta una igualdad muy específica y muy marcada» (ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, op. cit., p. 42).

¹² HORKHEIMER, M., «Autoridad y familia en el presente» en *Sociedad, razón y libertad*, Jacobo Muñoz (ed.). Madrid: Trotta, 2005, pp. 81-97, aquí p. 90.

¹³ MURPHY, J., «On the Authoritarian Personality», en *The SAGE Handbook of Frankfurt School Critical Theory*, Beverly BEST, Werner BONEFELD y Chris O'KANE (eds.). Los Ángeles: SAGE, 2018, pp. 899-915, aquí pp. 899-900.

concepto de estructura de «personalidad autoritaria», a la unidad del síndrome, a los problemas epistemológicos y metodológicos del estudio o a la autorreferencialidad de la Escala F, la relevancia y actualidad del estudio reside en haber identificado disposiciones psicosociales autoritarias que, más que constituir una personalidad unitaria, caracterizan potencialmente las subjetividades en ciertas condiciones sociales del capitalismo¹⁴. En esta línea, los rasgos autoritarios analizados en el estudio no se entienden aquí tanto como constitutivos de una estructura rígida de personalidad patológica, sino como rasgos psicosociales tendenciales en el avance histórico del capitalismo. La relevancia por tanto de los análisis del estudio residiría en su capacidad para ofrecer «una explicación del equilibrio normal de los procesos de socialización e individuación en nuestra sociedad»¹⁵. Este sentido de la recepción de los rasgos de la personalidad autoritaria está en consonancia con otros análisis que llevó a cabo Adorno sobre el apoyo al fascismo y el antisemitismo contemporáneo en relación con las formas dominación implicadas en el proceso de «civilización» capitalista, como por ejemplo en *Dialéctica de la ilustración* junto a Horkheimer¹⁶. Lo autoritario no referiría aquí tanto a una estructura unitaria y específica de personalidad como a disposiciones subjetivas contrarias a las que demandaría una organización social enfáticamente democrática, justa y autónoma, que evitara tanto las autoridades como el sufrimiento socialmente innecesarios.

En *Autoridad y familia en el presente*, Horkheimer ofrece un «listado» esquemático de los principales rasgos de la subjetividad autoritaria identificados en el estudio colectivo, cuya explicación, advierte, requiere de su articulación en un «sistema conceptual más dinámico»¹⁷. Uno de ellos es la tendencia a «aferrarse rígidamente a valores convencionales» sin someterlos a una reflexión crítica que permita tomar decisiones morales autónomas. A ello se suma el rechazo tanto de la autocrítica como de las actitudes críticas de otros, afirmando frente a ello «las cosas como son». Esta defensa del mantenimiento del *status quo* se combina con deseos de revancha y venganza, así como con fantasías espontáneas de decadencia o destrucción del mundo por causa de imaginarias fuerzas del mal. La falta de autocrítica e introspección, junto con la inclinación a la personificación de fenómenos sociales, favorece la identificación del mal con el «otro», con grupos sociales considerados diferentes y amenazantes. Estos rasgos se pueden articular con una propensión a concebir la «realidad» humana y social en los términos de un darwinismo social que dicta, según el principio de selección natural, que el destino personal se debe a cualidades o

¹⁴ Sobre las críticas, ver: GANDESHA, S., «De la personalidad autoritaria a la personalidad neoliberal», en *Estudios políticos*, No.41, 2017, pp. 127-155, aquí p. 140 y ss.

¹⁵ SAFATLE, V., «A Molecular Counter-Revolution: Psychic Crisis and Fascism from a Global South Standpoint», en *Crisis & Critique*, Vol. 11, Issue 1, pp. 120-141, aquí, pp. 134-135. Traducción propia.

¹⁶ MAISO, J., *Desde la vida dañada. La Teoría crítica de Theodor W. Adorno*. Madrid, Siglo XXI, 2022, pp. 303 y ss.

¹⁷ HORKHEIMER, M., «Autoridad y familia en el presente», pp. 94-96.

méritos individuales. Ello se vincula con una predisposición a glorificar el poder y a despreciar a los débiles. Esta forma de darwinismo social constituiría el único principio real que moviliza el comportamiento de los sujetos que presentan rasgos autoritarios. Además, esta inclinación intelectual se refuerza con una preeminente tendencia al pensamiento estereotipado, dualista, jerárquico y esencialista, que aprehende el mundo a través de clichés e ideas inmutables, negando la complejidad de las determinaciones de los fenómenos socio-históricos —esto es, tendente a la estereotipación, la naturalización, la transhistorización y la clasificación binaria moralizante—. Otro aspecto fundamental sería la aceptación oportunista y la adaptación práctica al orden social dado, «al menos superficialmente» puesto que no está exenta de fisuras que se abordarán más adelante. De hecho, la preocupación por «su estatus social y el de su familia», incluyendo asuntos dinerarios, constituye otro de los rasgos autoritarios, junto con la adopción del éxito y la popularidad como criterios fundamentales de apreciación de los otros, así como el hecho de que su comportamiento se rija sustancialmente por motivaciones interesadas y haga de la manipulación un medio para su consecución. Proyectado este rasgo a otros, ello se traduce en una concepción negativa de los seres humanos, como malvados y ávidos de poder, dispuestos a la conspiración y a la intriga para alcanzar sus intereses. Una visión que funciona como justificación del desprecio hacia la naturaleza humana. La concepción del otro como amenazante y malintencionado, en tanto que efecto proyectivo del trato propio de otros como meros medios o instrumentos, revela la proyección como otro rasgo autoritario fundamental. El vilipendio tiende a dirigirse especialmente a personas consideradas débiles, pobres o «dotadas de fantasía y ternura», a las que se considera una carga social. «Su rebelión reprimida contra la autoridad pasa a ser dirigida exclusivamente contra los débiles»¹⁸. En este sentido, un rasgo autoritario fundamental es la falta de compasión ante la vulnerabilidad y la debilidad y, frente a ello, el ensalzamiento de la «fortaleza» —como la de los caudillos—, que se asocian respectivamente con la feminidad —a la que se repudia pese a la alabanza superficial de la propia madre— y la masculinidad. En esta línea, otro elemento característico es la simultánea glorificación de los grupos de pertenencia —familiares, nacionales, etc.— y la negación de los conflictos internos o de la falta de un aprecio verdadero entre los miembros. Asimismo, uno de los rasgos más significativos es la frialdad y la «pobreza sentimental»: la incapacidad para establecer y experimentar «vínculos emocionales fuertes». Lo que alimenta, junto a la estereotipación y la superstición, la propensión a la deshumanización del «otro». El «otro», como ajeno al grupo de pertenencia, constituye así, mediante una concepción estereotipada, un mero ejemplar individual de una especie. Este rechazo a la alteridad se retroalimenta en un pensamiento dicotómico atravesado por la lógica de amigo/enemigo: lo ajeno como lo malo y lo propio como lo bueno. Lo que contribuye a la disposición a personificar las causas

¹⁸ *Ibid.*, p. 94.

del malestar social, identificando a grupos específicos como culpables de la decadencia y la crisis, y evitando así la disposición a comprender y enfrentar la existencia de dinámicas y estructuras sociales complejas.

Estos rasgos se articulan dinámicamente en la constitución psíquica de sujetos cuyo yo aparece debilitado por la impotencia y el miedo que supone la dominación abstracta de la constitución social capitalista, irrepresentable a la inmediatez de la conciencia individual. La relación con el otro atravesada por la estereotipación alimenta la deshumanización, la frialdad y la justificación de actitudes agresivas y carentes de solidaridad. Al aproximarse a los objetos mediante imágenes abstractas, generales y autorreferenciales, el pensamiento estereotipado elimina las particularidades y diferencias específicas. La reducción del otro a clichés caracteriza lo que Adorno y Horkheimer señalaron como proyección pática, por la que el sujeto reduce «los contornos de los objetos a lo que el ego encuentra satisfactorio», «protegiéndose así de modificar las condiciones de su propia gratificación»¹⁹. En la medida en que el sujeto proyecta su miedo y frustración al exterior, éste se le vuelve amenazante y afectivamente distante, lo que incita la agresividad e insensibilidad hacia lo otro. Sobre los objetos perfilados como peligrosos, el individuo se permite una descarga gratificante de violencia, para la que encuentra una justificación en esta forma de racionalización irracional, fundamentada en la proyección y el estereotipo. Esta dinámica contribuye al desarrollo de una «conciencia» paranoica que, al proyectar a cosas externas la agresividad que produce la impotencia social, permite una forma de satisfacción narcisista que compensa al yo debilitado por las condiciones sociales capitalistas. «La fuente de debilidad del yo se proyecta al mundo externo en forma distorsionada: el otro», que deviene así objeto de agresión desenfrenada²⁰. Pero, esta experiencia sádica de gratificación mediante el dolor ajeno se articula además con una disposición masoquista a someterse a ciertas figuras de fortaleza, con las que previamente el sujeto se ha identificado. En condiciones de debilidad del yo, el superyó individual tiende a ser sustituido por uno colectivo. Esta dimensión sadomasoquista atravesaría la mayoría de los rasgos autoritarios identificados por Adorno y *cía* en el *Estudio*, junto con la estereotipación y la frialdad. Se trata, en definitiva, de una inclinación a obedecer y ser obedecido, una tendencia a la sumisión al poder y a la crueldad con débiles²¹.

Precisamente, al incitar e instrumentalizar prejuicios, la demagogia fascista alienta la identificación con un líder fuerte y una comunidad de pertenencia pura, brindando con ello gratificaciones y compensaciones narcisistas al yo débil. El superyó colectivo que ofrece la propaganda fascista actúa como compensación de la crisis del superyó autónomo provocada por las condiciones de

¹⁹ MURPHY, J., «On the Authoritarian Personality», *op. cit.*, pp. 907-908 (traducción propia); Ver: ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta, 2018.

²⁰ MURPHY, J., «On the Authoritarian Personality», *op. cit.*, p. 909. Traducción propia.

²¹ *Ibid.*, p. 902.

impotencia social²². La identificación con un líder y una comunidad de pertenencia, más allá de su carácter ficticio, brinda sensaciones de poder y engrandecimiento a sujetos objetivamente impotentes y potencialmente superfluos en el marco de social capitalista. La propaganda fascista explota así el miedo y la autoestima dañada por las formas de dominación tanto mediadas como inmediatas. Ofrece, de este modo, formas de seudogratificación mediante ganancias narcisistas, que paradójicamente contribuyen a la obstaculización de las salidas emancipatorias capaces de garantizar efectivamente la libertad y la justicia —como la realización de la capacidad colectiva para poder ser diferente sin miedo y para organizar de manera autónoma y democrática el metabolismo social—. De este modo, la debilidad del yo constituye tanto el medio como el fin de la agitación fascista: se alimenta de ella y, por ello, la refuerza, alimentado la proyección pática que dificulta la constitución de un yo fuerte capaz de la reflexividad, la crítica y la consciencia. Con ello se trata de consumir la capitulación de la búsqueda racional del interés objetivo del individuo en relación con su posición social, en favor de su adaptación a la mera persecución del interés privado, ya sea como autoconservación o como defensa de privilegios.

Esta dinámica explica que el éxito de la propaganda fascista no se deba al contenido de verdad de sus discursos, los cuales carecen de coherencia argumentativa o propuestas concretas y factibles de organización sociopolítica. Más bien, la agitación «funciona como una forma de satisfacción del deseo, como una forma de gratificación. Esta es una de sus pautas más importantes»²³. Es el cómo, y no el qué, lo que constituye el «verdadero meollo» de la agitación fascista, en la medida en que consigue movilizar a los sujetos mediante los estímulos psicológicos que genera²⁴. No aspira a convencer racionalmente, ni tiene pretensiones teóricas²⁵. Su contenido, «seudoemocional» y compuesto de ideas inconexas, residiría precisamente en movilizar elementos inconscientes que funcionan, en cierto sentido, como gratificaciones²⁶. Por ello, su racionalidad no reside en su contenido, sino en su modo de operar sobre fenómenos psicológicos de raíz social. Pero, si bien aquí Adorno identifica un cierto cálculo y organización, ello no debe llevar a identificar la propaganda con un ejercicio de hipnosis de masas²⁷. Se trata más bien de una suerte de psicotécnica de

²² *Ibid.*, p. 906; GANDESHA, S., «De la personalidad autoritaria a la personalidad neoliberal», *op. cit.*, pp. 138-139.

²³ ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», *op. cit.*, p. 11.

²⁴ *Ibid.*, pp. 10-13.

²⁵ ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista», en *Ensayos sobre propaganda fascista*. Barcelona: Voces y Culturas, 2003, pp. 23-52, aquí p. 23.

²⁶ ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», *op. cit.*, p. 14.

²⁷ Ni tampoco con un uso consiente y planificado de técnicas de psicología de masas por parte de los demagogos. Según Adorno, el éxito de la propaganda para funcionar como psicotécnica de masas se sostiene sobre todo en la afinidad entre la mentalidad narcisista, paranoica o histérica de los líderes con los de los partidarios. De este modo usan su propia neurosis para fines «totalmente adaptados al principio de realidad – *realitätsgerecht*». Ver ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», *op. cit.*, pp. 13-15.

generación de efectos, que «recuerda los efectos calculados, observables en la mayor parte de las manifestaciones de la actual cultura de masas, tales como el cine y la radiodifusión»²⁸. Esta «extraordinaria perfección de los medios» propagandísticos para la movilización de elementos inconscientes de un yo debilitado constituye tanto «la sustancia misma de la política» en los movimientos de extrema derecha como también la de otros fenómenos fundamentales de la sociedad contemporánea, como la industria cultural o la publicidad²⁹. En tal sentido, este particular «lenguaje» de la propaganda se inscribe, según Adorno, en la tendencia histórica del capitalismo a la racionalización de medios en aras de fines irracionales y heterónomos, como el de la acumulación de capital.

Uno de los efectos que produce la agitación fascista es la gratificación mediante identificación con el líder y, a través de éste, con la seudocomunidad de pertenencia³⁰. La autoridad del yo grupal compensa el narcisismo herido del yo débil, carente de una «autoridad interna independiente» o de conciencia propia³¹. En el marco de la crisis de autoridad patriarcal burguesa, la propaganda fascista ofrecería la figura autoritaria del líder como objeto de libido narcisista³². Mediante los mecanismos de idealización, proyección e identificación, el sujeto puede experimentar un sentimiento de poder que no tiene. Esto es, el vínculo con el líder se constituye a través de la proyección idealizada de elementos narcisistas de la propia personalidad, con los que el sujeto se identifica ulteriormente³³. La mancha de la impotencia, la frustración y el malestar del sujeto vivo se palia, de este modo, mediante la identificación con un objeto idealizado. La libido narcisista que no satisface el propio yo se vuelca así hacia el líder o la comunidad como objeto de amor idealizado. En definitiva, siguiendo a Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) e integrando la dimensión socio-histórica de la constitución psíquica, Adorno señala que el lazo que constituye a la «masa» fascista es fundamentalmente de «naturaleza libidinal», pues se sostiene sobre las gratificaciones directas o indirectas que los individuos obtienen de su participación³⁴. Este esquema de identificación con el grupo a través de la idealización proyectiva constituye, metafóricamente, una caricatura de la solidaridad consciente y auténtica³⁵.

²⁸ *Ibid.*, p. 14

²⁹ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, *op. cit.*, pp. 22 y 23.

³⁰ ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», *op. cit.*, p. 15.

³¹ MURPHY, J., «On the Authoritarian Personality», *op. cit.*, p. 910. Traducción propia.

³² En la medida que la autoridad patriarcal pierde su fundamento objetivo, deja de ser interiorizada y es desplazada por diversas modalidades de «superyó colectivo», como equipos deportivos, estrellas de cine y televisión o demagogos, que no dejan de ser autoritarios en diferentes grados. Sobre la autoridad patriarcal burguesa y sus crisis, se puede ver CATALINA GALLEGO, C., «Consideraciones sobre la familia en Th. W. Adorno y M. Horkheimer. Autoridad, individuo y totalidad social capitalista», en *Aisthesis*, No. 76, 2024, pp. 207-239.

³³ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, *op. cit.*, pp. 35 y 36.

³⁴ ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista», *op. cit.*, pp. 28 y 29.

³⁵ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, *op. cit.*, p. 36.

No obstante, la «masa» de seguidores fascistas no debe pensarse como una horda irracional y amorfa que emerge por regresión civilizatoria, sino como la expresión de un conjunto de individuos atomizados, producto de la socialidad mediada y antagónica del capitalismo, y forzados, para su integración, a dominar su propia naturaleza y competir con otros, a endurecerse y rivalizar³⁶. Lo que «une» a estos individuos son los elementos psicosociales que inclinan al sujeto a externalizar el superyó en un yo colectivo, sometiéndose a principios externos a expensas de un ideal del yo propio³⁷. La demagogia fascista aprovecha esta disposición para crear un «lazo» artificial entre ellos mediante el aliento de imágenes de líderes todopoderosos, extraordinarios y portentosos, con los que los individuos pueden identificarse tras la idealización de su espectro, constituyendo así la masa³⁸. En este sentido, se puede hablar de individuos que componen una masa como aquellos que:

(n)o consiguen desarrollar una conciencia independiente y autónoma y lo sustituyen por una identificación con la autoridad colectiva que, en los términos en que Freud la describió, es irracional, heterónoma, rígidamente opresora, considerablemente ajena al pensamiento propio de los individuos y, por consiguiente, muy fácil de intercambiar a pesar de su rigidez estructural³⁹.

Mediante esta sumisión masoquista ante ciertas figuras de autoridad, el sujeto obtiene vicariamente la sensación de empoderamiento y pertenencia. Se beneficia de los rasgos que proyecta sobre ellas mediante la identificación. Aunque este sometimiento sea contrario a sus intereses objetivos como individuo o proletario, le proporciona, sin embargo, ganancias narcisistas irracionales, como la ilusión de pertenecer a algo mejor que uno mismo⁴⁰. La «imagen del líder gratifica el deseo dual del seguidor de someterse a la autoridad y de ser él mismo una autoridad», en unas condiciones sociales en las que la dominación racional de fines irracionales sitúa al sujeto en una posición objetiva de dependencia, impotencia y vulnerabilidad social⁴¹. Pero el lazo artificial entre líder y seguidores, que la propaganda fascista incita y explota, contiene además una dimensión sádica. No sólo estimula una actitud sumisa hacia el líder, sino también la agresividad hacia los otros, hacia los que son figurados como amenazantes y situados fuera del grupo. «Puesto que la rabia que produce el tener que someterse a los poderes sociales opresores no puede dirigirse contra ellos, el yo debilitado acaba desviándolos contra sí mismo o proyectándolos hacia

³⁶ ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista», *op. cit.*, pp. 26 y 27. «(L)os miembros de las masas actuales son, por lo menos *prima facie*, individuos: los hijos de una sociedad liberal, competitiva e individualista, y están condicionados a mantenerse como unidades independientes y autosostenibles; continuamente se les advierte que sean «duros» y que no deben dejarse someter» (*Ibid.*, p. 27).

³⁷ *Ibid.*, pp. 32-33.

³⁸ *Ibid.*, p. 28.

³⁹ *Ibid.*, pp. 32-33.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 42-43.

⁴¹ *Ibid.*, p. 38.

algo exterior más débil»⁴². En estas condiciones, la agitación fascista explota el oportunismo y los placeres del llamado carácter del ciclista (*Radfahrernaturen*), que consiste en doblegarse ante los de arriba y pisotear a los de abajo⁴³. La combinación de servilismo adulator con los superiores y de maltrato humillante con los «inferiores», tras señalarlos como chivos expiatorios, constituye uno de los rasgos característicos del fascismo. Esta marcada dimensión sado-masoquista se manifiesta, así, en el seguidismo hacia el líder y la persecución de ciertos grupos vulnerables.

En este sentido, la propaganda fascista alimenta el espectro de un otro como objeto de agresión, culpabilización y seudogratificación. Señalado como responsable del malestar social, sobre ese otro se dirige la agresividad, incluida aquella que permanece acallada entre los miembros del grupo. De este modo, el autoritario soslaya la autocrítica y evita la pérdida narcisista, junto con la rabia asociada a ella⁴⁴. Aunque el «otro» sea efectivamente fruto de una proyección fantástica construida mediante estereotipos y prejuicios, constituye, sin embargo, una realidad efectiva en tanto que objeto de agresión y temor. Por ello, el nativismo, el chovinismo o el nacionalismo son elementos centrales en los movimientos fascistas. Permiten personalizar «la causa y los efectos de la libertad como compulsión económica» y canalizar «la rabia dentro de los márgenes del pensamiento del orden supremo»⁴⁵. El señalamiento de un «otro» como amenazante, indeseable y responsable del malestar social ejerce asimismo una «fuerza de integración negativa», generando una «harmonía nacional ilusoria»⁴⁶. Su función libidinal consiste en generar un vínculo emocional negativo entre los miembros del grupo porque, aunque supuestamente son «iguales», en realidad comparten pocos elementos positivos. Su integración se sostiene, así, negativamente sobre el odio al otro, sobre la pulsión destructiva que describe Freud en *El malestar en la cultura*⁴⁷. Ello explica la violencia con la que se relacionan tanto con lo que entienden como diferente y amenazante, como con sus supuestos iguales. No sólo protegen sus valores frente a lo ajeno, sino que, con la misma agresividad, demandan uniformidad entre los suyos. Esto último constituye, según Adorno, una forma de «igualitarismo represivo», en la medida en que la igualdad se traduce en una negación forzada de la singularidad —de cualquier gratificación diferenciada—, como si esa uniformidad impuesta funcionara como un falso medio de justicia. La consigna es que nadie debe destacar, ni diferenciarse, lo que equivale, en realidad, a una forma

⁴² ZAMORA, J. A., «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno: tensiones y mediaciones entre teoría de la sociedad y psicoanálisis», en *Veritas*, Vol. 63, No 3, 2018, pp. 998-1028, aquí, pp. 1013-1014.

⁴³ ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista», *op. cit.*, p. 40.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 42-43.

⁴⁵ BONEFELD, W., «Liberalismo Autoritario, Clase y Rackets», en *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, n.º 13, 2022, pp. 448-445, aquí p. 450.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 450; ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana», *op. cit.*, p. 40.

⁴⁷ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, *op. cit.*, pp. 42-44.

de privación generalizada, contraria a la «realización de la auténtica igualdad mediante la abolición de la represión»⁴⁸.

La propaganda fascista alienta este vínculo mediante rituales colectivos espectaculares, en los que los seguidores disfrutan también de gratificaciones narcisistas⁴⁹. Una de ellas es la transgresión expresiva que se produce mediante la violación desinhibida de los tabúes impuestos por la sociedad de clases medias. La contemplación complaciente de la transgresión del líder de lo socialmente aceptable funciona, además, como revelación simbólica de la seudoidentidad compartida de los seguidores⁵⁰. El líder se atrevería a expresar sin tapujos aquello que los seguidores piensan, pero no pueden decir. El ritual funciona, así, como revelación tanto de la superior valentía del líder como de la identidad que los une. Mediante insinuaciones y alusiones vagas, la demagogia no sólo crea una sensación de «correspondencia de sentimientos y opiniones», sino también de pertenencia a un grupo predilecto de iniciados que recibe información privilegiada. El sentirse objeto de confidencias constituye también una forma de gratificación en sí misma, como ocurre con el empleo del estereotipo y la personificación⁵¹. Como en la industria cultural, estos mecanismos generan la sensación de estar entre los enterados y astutos, aunque el contenido del discurso no requiera realmente ningún esfuerzo reflexivo, análisis complejo o elaboración conceptual. En este sentido, el éxito del «contenido» del ritual propagandístico fascista reside en el empleo sistemático de clichés, repeticiones, escasez de ideas, esquemas rígidos y categorizaciones estereotipadas de tipo amigo/enemigo, y no en propuestas políticas tangibles o argumentos racionales⁵².

Pese a que el ritual parece promover la transgresión, en realidad constituye un «culto de lo existente», de las relaciones de poder dadas. En la ceremonia se enaltecen el éxito y el ejercicio del poder por sí mismos, tal como hace la sociedad del momento. «Esto significa explícitamente que todo aquello que es, y que así ha demostrado su fuerza, es también correcto: el fiable principio a seguir»⁵³. Pero, este ritual seudorebelde además de incitar la aceptación del *status quo*, proyecta estratégicamente al movimiento como fuerza de futuro. Celebra la participación en el bando de los ya casi vencedores y exhibe su capacidad de organización. La ilusión de participar en un movimiento organizado y exitoso constituye en sí un medio de «llamamiento de masas», capaz de generar un efecto de atracción⁵⁴. Sin embargo, este culto de lo existente se combina paradójicamente con el estímulo de fantasías de destrucción, que articulan un deseo inconsciente de los sujetos de catástrofe, originado en el temor a la suya propia —sea esta o no objetiva. Así, mientras que

⁴⁸ ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana», *op. cit.*, p. 44.

⁴⁹ ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», *op. cit.*, p. 15.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 16-17.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 10 y 19.

⁵² *Ibid.*, p. 10; ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana», *op. cit.*, pp. 23-25.

⁵³ ADORNO, Th. W., «Antisemitismo y propaganda fascista», *op. cit.*, p. 19.

⁵⁴ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, *op. cit.*, p. 21.

los movimientos autoritarios se presentan como salidas ante la crisis, «invocan ellos mismos la catástrofe (...) alimentando fantasías de “hundimiento del mundo”»⁵⁵. Este fenómeno puede verse como otra forma de igualitarismo negativo: ante el miedo a hundirse uno mismo, el deseo de que se hundan todos y se hunda todo.

La posibilidad de la catástrofe, mucho más tangible en la contemporaneidad, contenía ya un momento de verdad potencial en el capitalismo avanzado, tanto a nivel socioeconómico —por la vulnerabilidad del sujeto ante la dominación social y su superfluidad potencial en momentos de crisis— como también a nivel psíquico —por la debilitación del yo que genera la impotencia social—. La amenaza de hundimiento conduce a un conformismo orientado a la autoconservación, que se paga al precio del deterioro de la autoestima, del dominio de la propia naturaleza, de la incapacidad de imaginación crítica y de la erosión de los vínculos de solidaridad. Adorno identificó en este marco la condición psíquica del narcisismo herido como una tendencia que atraviesa potencialmente al individuo del capitalismo avanzado y que se expresa en el declive del individuo como debilidad del yo⁵⁶. La herida narcisista constituye el reverso de la debilidad del yo, «(s)u clave está igualmente en el conflicto entre la necesidad de una ocupación libidinal de la propia persona y el agravio permanente que las condiciones sociales para asegurar la autoconservación infringen a los individuos», que son percibidas como ajenas⁵⁷. El narcisismo herido es ya un fenómeno del capitalismo posliberal, y no un rasgo exclusivo del neoliberal. Esta condición hacía eficaces las técnicas de psicología de masas, como las empleadas por la industria cultural o la propaganda fascista, que explotan la vulnerabilidad del yo debilitado «ofreciendo ganancias narcisistas compensatorias»⁵⁸. Por ello, este análisis de los rasgos psíquicos que hacen a los sujetos susceptibles de recibir la agitación fascista no concibe el fascismo como un fenómeno de naturaleza psicológica, sino social. Estos rasgos han de comprenderse como:

el producto de interiorizar los aspectos irracionales de la sociedad moderna. Sometida a las condiciones dominantes, la irracionalidad de la propaganda fascista pasa a ser racional desde el punto de vista de la economía pulsional. Puesto que si el *status quo* se da por supuesto y queda fijado, se necesita un esfuerzo mucho mayor para distanciarse de él que para adaptarse y obtener por lo menos cierta gratificación por medio de la identificación con lo que existe —el punto focal de la propaganda fascista⁵⁹.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁵⁶ COOK, D., «Adorno on Mass Societies», en *Journal of Social Philosophy*, 32, 1, 2001, pp. 35-52, p.43.

⁵⁷ ZAMORA, J. A., «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno», *op. cit.*, p. 1017.

⁵⁸ MAISO, J., «La subjetividad dañada. Teoría crítica y psicoanálisis», en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, No. 5, 2013, pp. 132-150.

⁵⁹ ADORNO, Th. W., «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista», *op. cit.*, p. 49.

2. CONDICIONES SOCIALES DEL CAPITALISMO AVANZADO

Los mecanismos psíquicos que moviliza la propaganda fascista sólo pueden entenderse plenamente si se sitúan en las condiciones sociales en las que se forma la subjetividad autoritaria. En la identificación de las relaciones internas entre las condiciones sociales del capitalismo y las disposiciones autoritarias subjetivas que alimentan los movimientos fascistas reside una de las aportaciones de Adorno más relevantes para pensar el presente. La constitución psíquica de la que el fascismo se sirve hunde sus raíces en los efectos psicosociales generados por las formas de dominación capitalista en su avance histórico. Más allá de los intereses conscientes que movilizan a ciertos grupos, el fascismo como movimiento social arraigaría en la impotencia y el miedo que generan las coacciones mediadas e inmediatas a las que se someten los sujetos como medios para una integración que ni está garantizada ni garantiza el cumplimiento de sus promesas de libertad y gratificación, en una forma de sociedad cuyas determinaciones les son heterónomas y, en gran medida, irrepresentables para la conciencia inmediata. Éstas incluyen la dominación impersonal del capital, el antagonismo de clase, el imperativo de la competencia, el dominio sobre otros, la condición de intercambiabilidad y superfluidad, el dominio de la naturaleza externa e interna o el imperio de la abstracción sobre lo concreto. El sacrificio que supone la adaptación a estas condiciones sociales no conduce a los sujetos, como prometía el impulso civilizador, a la liberación del miedo, la autonomía racional o la responsabilidad moral⁶⁰. Más bien, los arrastran a la angustia, al irracionalismo o al endurecimiento ético-afectivo, donde el impulso potencial emancipador se enfrenta a una tendencial declinación autoritaria. «En este sentido, la lógica de la personalidad autoritaria como tipología es un hecho objetivo dentro de los sistemas de socialización» del capitalismo contemporáneo⁶¹. La agitación del radicalismo de derechas aprovecha esta tendencial constitución psicosocial, que se exacerba especialmente en momentos de crisis. De modo que las sociedades capitalistas son incompatibles con la libertad, la justicia y la racionalidad, además de por las formas de dominación objetiva que las constituyen, también porque implican dinámicas de socialización y subjetivación de marcado carácter autoritario. En su momento, el diagnóstico de Adorno había de servir como advertencia de que las democracias liberales no estaban a salvo de la amenaza fascista pese a su derrota histórica. Al estar articulada sobre la racionalidad del capital y ser impotente ante sus formas de dominación, la formalidad democrática no podía realizarse como contenido real⁶². Por ello «cabría decir que los movimientos fascistas son los estigmas, las cicatrices de una democracia que hasta ahora no ha conseguido entender

⁶⁰ Ver, ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, op. cit.

⁶¹ SAFATLE, V., «A Molecular Counter-Revolution», op. cit., p. 135.

⁶² La democracia formal no puede transformar las formas de dominación capitalistas, como mucho paliar sus efectos según las condiciones políticas y de acumulación de capital. Sobre la relación entre democracia formal y autoritarismo en Adorno, ver: PUZONE, V., «Por

debidamente del todo su verdadero sentido»⁶³. La actualidad de su diagnóstico hoy, más que servir de elogio a su acierto teórico, expresa más bien el fracaso de su dimensión de advertencia.

Si bien las tendencias autoritarias no son privativas del capitalismo avanzado, Adorno advirtió sobre su presencia y analizó su especificidad, especialmente en el marco de la crisis del capitalismo liberal en el centro del capitalismo. En este caso, los rasgos autoritarios de la subjetividad que podían explotar y fomentar los movimientos fascistas arraigaban en las dinámicas sociales derivadas de tendencias como: la concentración de capital⁶⁴, la extensión del principio de intercambio y de la lógica de la inversión rentable a ámbitos como el arte y la cultura —la industria cultural⁶⁵— o la organización racionalizada, vertical e institucional de cada vez más ámbitos de la vida, en consonancia con la lógica del capital —el mundo administrado—. En definitiva, las disposiciones autoritarias tenían su génesis en las experiencias de miedo e impotencia que tienen lugar en las condiciones epocales específicas que median la dominación abstracta e irracional de la racionalidad del capital⁶⁶. Más allá de la pertinencia de los debates sobre la posición de Adorno ante la cuestión de si la tendencia al monopolio abolía o no el principio de intercambio de equivalentes, muchos de sus análisis sobre el capitalismo avanzado presuponen la persistencia de la lógica de valorización del valor y su despliegue a través del mercado⁶⁷. En este sentido, la intensificación de la tendencia a la concentración de capital no habría supuesto el fin de la dominación abstracta e impersonal del capital: esa forma de poder moderna no directamente coercitiva, mediante la que se reproducen la irracionalidad de la racionalidad autotélica del capital, la sociedad de clases y la reificación, a través del puritano intercambio mercantil entre

Uma Teoria crítica Do Autoritarismo: Democracia Formal E relações De dominação Burguesas», *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, No. 13, 2022, pp. 286-311, aquí p. 294.

⁶³ ADORNO, Th. W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*, op. cit., p. 18.

⁶⁴ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», op. cit., p. 350.

⁶⁵ ADORNO, Th. W., y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, op. cit., pp. 165-212; MAISO, J., *Desde la vida dañada*, op. cit., pp. 195 y ss.

⁶⁶ «La fuerza de este elemento abstracto (la abstracción objetiva a la que obedece el proceso vital social) sobre los hombres es más real que cada una de las instituciones particulares, que se constituyen táctica y anticipadamente según el esquema y se les inculcan a los hombres. La impotencia que experimenta el individuo de cara a la totalidad es la expresión gráfica de ello» (ADORNO, Th. W., «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», en *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, pp. 330-344, aquí p. 340).

⁶⁷ ZAMORA, J. A., «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno», op. cit., 1000; MAISO, J., *Desde la vida dañada*, op. cit., 186 y ss. Argumentaciones de Adorno de la persistencia del capitalismo pese a la planificación económica y el intervencionismo en el mercado, así como de la objetividad de la sociedad del intercambio capitalista descrita por Marx, pueden encontrarse en *¿Capitalismo tardío o sociedad industrial?* (pp. 333 y 342-343) o en *Adorno sobre Marx y los conceptos fundamentales de la teoría sociológica* (*Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, vol. 8, n.º 8-9, diciembre de 2017, pp. 419-430).

sujetos libres e iguales sólo formalmente⁶⁸. Se trata más bien de que este poder «económico», basado en la coacción impersonal y mediada, se articulaba con nuevas modalidades de poder extraeconómico del propio capital corporativo, así como con las de la administración estatal. A diferencia de las formas de coerción directa del liberalismo clásico, que se consensuaban entre una amplia clase de pequeños propietarios y que se implementaban en buena medida al margen del mercado, el gran capital posliberal detentaba una nueva capacidad para orientar políticas públicas e intervenir en el mercado a favor de sus propios intereses. La gestión extraeconómica de las condiciones de reproducción de capital por parte de una pequeña clase de propietarios corporativos y gobernantes políticos socavaba así el ideal liberal, siempre falso, de que el parlamento era el lugar de deliberación pública en beneficio del interés común. En estas circunstancias, el fundamento del poder del gran capital revelaba como lo que era y siempre había sido, una fuerza mayor, aunque se racionalizara y justificara ideológicamente como el garante de la reproducción de la sociedad en su conjunto.

En este marco de capital concentrado y empoderado, el alcance de la dinámica socializadora del capitalismo se ampliaba al tiempo que lo hacían: el trabajo asalariado como forma básica de subsistencia, el mercado como proveedor de bienes para cada vez más elementos de la reproducción social o personal, la administración estatal como gestora de innumerables aspectos de la vida pública o privada y, finalmente, la racionalización de la organización empresarial y estatal de acuerdo con fines irracionales. En este sentido, cada vez más elementos presupuestos en la reproducción social y personal estaban integrados en la forma mercancía o en la administración estatal; en ambos casos, devenían objetos de una gestión de acuerdo a fines racionales y heterónomos, y no organizada democráticamente. Este proceso de mercantilización —y estatalización— implicaba que las determinaciones de la racionalidad del capital ampliaban su alcance hasta ámbitos inusitados. El proletariado ya no sólo dependía del capital para garantizar su subsistencia, ahora también lo hacía para la realización de muchas de las actividades necesarias para su reproducción —en algunos casos con la mediación del Estado—, tales como el desplazamiento, la formación, la crianza, el ejercicio físico, la recreación, las festividades, el alojamiento o la formación profesional. Esta dependencia del capital no atañe sólo al acceso al contenido, sino a las determinaciones mismas de éste y de su forma. Tal y como lo planteó Debord, el avance del capitalismo suponía la extensión de la separación del proletariado más allá del acceso a los medios de producción y sus productos hasta las propias condiciones de

⁶⁸ «El dominio sobre los seres humanos se sigue ejerciendo a través del proceso económico. Objetos del cual no son ya sólo las masas, sino también los que mandan y sus partidarios. Según la vieja teoría se convirtieron en gran medida en funciones de su propio aparato de producción. La cuestión muy debatida relativa a la *managerial revolution*, al supuesto tránsito del dominio de los propietarios jurídicos a la burocracia resulta secundaria frente a esto» (ADORNO, Th. W., «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», *op. cit.*, p. 335).

la vida en general. Si en sí misma la condición proletaria implica no sólo la desposesión de medios de vida propios, sino también de la facultad misma de organizar de manera consciente y democrática el metabolismo social, el desarrollo histórico del capitalismo habría impulsado lo que Debord denominó «abundancia de la desposesión». La integración en la racionalidad del capital de cada vez más elementos vinculados a la reproducción social y personal significaba que el «hombre separado de su producto produce, cada vez con mayor potencia, todos los detalles de su mundo» por mediación de la forma mercancía, por lo que éste «se halla cada vez más separado de su mundo»⁶⁹. Que el mundo es cada vez más un producto del trabajo capitalista significa, precisamente, que el primero es cada vez más heterónomo en forma y contenido respecto al segundo: «El trabajador no se produce a sí mismo, produce un poder independiente. Todo el tiempo y el espacio de su mundo se le vuelven extraños merced a la acumulación de productos alienados. El espectáculo es el mapa de este nuevo mundo»⁷⁰.

Esta ampliación de las determinaciones de la acumulación de capital a cada vez más ámbitos se vehiculaba no sólo a través de la lógica del intercambio mercantil, sino también mediante una creciente organización, altamente técnica y racionalizada, de la gestión empresarial, estatal y mercantil. La noción de *mundo administrado* en Adorno recoge precisamente esa tendencia epocal al perfeccionamiento de los medios organizativos en aras de fines irracionales e irreflexivos, como lo es la lógica autotélica de la valorización —para la cual la satisfacción de necesidades y deseos humanos deviene medio—⁷¹. Los seres humanos y las cosas se convertían cada vez más en objetos de una organización cuya *ratio* y *telos* les eran heterónomos, ya fuera de manera mediada o inmediata. Por lo que el incremento de la gestión organizada vertical y racionalmente en consonancia con la lógica de la acumulación profundizaba la heteronomía e impotencia social de los individuos, acrecentando las exigencias externas que recaían sobre ellos como condición de su reproducción⁷². «Al reproducir los que dominan la vida de la sociedad de forma planificada, reproducen justo con

⁶⁹ DEBORD, G., *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-textos, 2000, p. 50.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 50. p. 49.

⁷¹ «La impotencia que experimenta hoy todo individuo frente a los poderes institucionales; su incapacidad para detener por sí mismo el avance de la organización o modificar su dirección, encanta este avance con la apariencia ilusoria de lo recubierto metafísicamente. (...) La racionalidad, de cuyo concepto no puede separarse el de organización, cae dentro del ámbito de poder de la irracionalidad" (...) El miedo al mundo administrado tendría su verdadero objeto no en la categoría aislada de la organización, sino (...) en el conjunto del proceso social. (...) La burocracia es el chivo expiatorio del mundo administrado», p. 418. ADORNO, Th. W., «Individuo y organización», en *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, pp. 412-426, aquí pp. 416-418.

⁷² SCHILLER, H.-E., «The administered Word», en *The SAGE Handbook of Frankfurt School Critical Theory*, Beverly BEST, WERNER BONEFELD y CHRIS O'KANE (eds.). SAGE, 2018, pp. 834-869, aquí, pp. 840-841.

ello la impotencia de los planificados. El dominio se establece dentro de los hombres»⁷³.

Precisamente, la tendencia a la concentración de capital abría una brecha cada vez mayor de poder entre capital y trabajo: una distancia creciente entre un polo de poder minoritario, pero más extremo, y la extrema impotencia más generalizada⁷⁴. Por una parte, esta tendencia incrementó cuantitativamente la condición proletaria, al desplazar a buena de la antigua pequeña burguesía a las filas del trabajo asalariado —profesionales liberales, empleados públicos o técnicos y gestores del capital—. A este factor se sumaba, además, la progresiva liquidación de las economías de autosubsistencia remanentes y el aumento del empleo público. Por otra parte, la tendencia a la concentración de capital implica también un incremento cualitativo de la condición de desposesión proletaria. La minoría del gran capital además de ejercer un dominio económico impersonal cada vez mayor en tanto que propietarios de medios de vida del proletariado, dominaba también extraeconómicamente gracias a su capacidad para intervenir directa o indirectamente en las condiciones de mercado y la gestión estatal. En este sentido, una gran mayoría social devenía más impotente y dependiente en términos sociales⁷⁵.

No obstante, la persistencia de la sociedad de clases en esta forma intensificada del antagonismo social no fue acompañada de una verdadera toma de conciencia de la opresión⁷⁶. El nuevo dominio del gran capital mantenía la siempre igual dominación anónima de clase, pero, paradójicamente, sólo los propietarios y sus partidarios actuaban como clase con conciencia de intereses⁷⁷. El proletariado parecía haber claudicado de una posible praxis emancipadora, mientras que el conflicto de clases se desplazaba progresivamente hacia la negociación política y sindical de mejoras en las condiciones de la reproducción de parte de la fuerza de trabajo. Sólo algunas posiciones posteriores de la juventud sesentaiochista parecían contener esperanzas de un mundo emancipado por «su aversión ante el mundo como vértigo y representación», «su resistencia contra una adaptación ciega» y su deseo de «libertad respecto a fines elegidos racionalmente». Entonces estaba por verse si podían triunfar: hoy sabemos que no se logró y que se impuso la tendencia a «la involución de la conciencia, de una regresión de los hombres detrás de la posibilidad objetiva», que eludía los costes de la resistencia crítica⁷⁸. La búsqueda de adaptación se cobraba otro precio en los sujetos: el sacrificio de los «atributos que ya no necesita(ba)n y que no hac(ían) sino incomodarlos», como pudieran ser la

⁷³ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p.363.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 350-352; COOK, D., «Adorno on Mass Societies», *op. cit.*, pp. 41-42.

⁷⁵ ZAMORA, J. A., «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno», *op. cit.*, p. 1001.

⁷⁶ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, pp. 350-353; COOK, D., «Adorno on Mass Societies», *op. cit.*, p. 36.

⁷⁷ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 351.

⁷⁸ ADORNO, Th. W., «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», *op. cit.*, p. 343.

reflexividad, la imaginación o la indignación ante la injusticia⁷⁹. En este sentido, el miedo y la impotencia social habrían sido paradójicamente factores de la inconsciencia de la condición de opresión y su praxis emancipadora consecuente. Este sería el único momento de verdad de la «abolición de las clases» en la época dorada del capitalismo, y no el que se infería erróneamente de las mejoras en la estratificación social —que al fijarse sólo en «índices de vida de sujetos individuales», no captan la posición de los sujetos en el proceso de producción⁸⁰—. La humanidad continuaba sumida en la prehistoria, en la historia como lucha de clases que, según Adorno, en el capitalismo tardío parecía retomar su sentido como lucha «entre bandas, *gangs* y *rackets*»⁸¹.

En esta línea, también la superación de las condiciones de miseria, pauperismo e inseguridad existencial de la clase obrera decimonónica pudo incidir en la creciente invisibilidad del antagonismo social⁸². Ciertamente, en Occidente los estándares de vida de buena parte de la clase obrera —tendencialmente blanca y masculina— mejoraron relativamente gracias a fenómenos como: la regulación de las relaciones entre capital y trabajo, el garantismo social del Estado, el pleno empleo, la intervención estatal en el mercado, la producción fordista en masa, la redistribución de la renta, las mejoras laborales y salariales o la solidaridad sindical. En comparación con el pauperismo anterior, parte de la clase obrera tenía ahora algo «más que perder que sus cadenas»⁸³. Podía acceder a bienes de consumo, propiedades privadas y estilos de vida hasta entonces restringidos a la burguesía, a cuyos desplazados podía asemejarse ahora más en aspiraciones vitales y condiciones materiales⁸⁴. Se creaban así las condiciones para la formación de las llamadas clases medias, tendencialmente igualadas, conformistas e individualistas, sobre las que ahora se debate su composición y los efectos políticos de su crisis.

Si bien desde esta perspectiva el capitalismo en su época dorada parecía refutar la tesis de Marx sobre la tendencia a la pauperización del proletariado⁸⁵, Adorno advirtió del momento verdad de verdad de esta tesis en tanto que «ausencia de libertad», como una forma de inmiserización espiritual, puesto que la condición proletaria de dependencia e impotencia social, de desposesión y separación, se veía cualitativamente incrementaba⁸⁶. La mejora de las condiciones de vida habría servido al capital en ese momento para asegurar al mismo

⁷⁹ *Ibid.*, p. 343.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 331.

⁸¹ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, pp. 348 y 355.

⁸² *Ibid.* pp. 350-351.

⁸³ *Ibid.*, p. 357.

⁸⁴ ADORNO, Th. W., «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», *op. cit.*, p. 331.

⁸⁵ MARX, K., *El Capital. Tomo I*. Madrid: Siglo XXI, 2017, pp. 759-771.

⁸⁶ «Si la teoría de la depauperización no se ha acreditado ya *à la lettre*, sí lo ha hecho, sin embargo, en el sentido no menos inquietante de que la ausencia de libertad, la dependencia de un aparato que se escapa a la conciencia de los que se sirven de él, se extiende universalmente sobre los hombres». ADORNO, Th. W., «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», *op. cit.*, p. 336.

tiempo su existencia y la del esclavo, pero la de este último en «en el seno de su esclavitud»⁸⁷. Mientras el destino del proletariado le pertenezca al capital, no sólo la libertad, tampoco el bienestar está garantizado⁸⁸. En este sentido, el acceso de la clase obrera a una vida más holgada no debía cegar a la teoría ante la persistencia y la amplificación de la desposesión, la coacción muda y la reificación⁸⁹. El compromiso teórico de Adorno exigía advertir de la profundización de la pendiente de la posible caída del proletariado —de la categoría social de «lo que estaba privado de libertad y era injusto», de lo que intrínsecamente y «desde siempre fue irracional en la sociedad burguesa frente a la ratio del intercambio libre y justo»⁹⁰—. Si tanto la mejora de las condiciones de vida del proletariado como la posibilidad misma de su reproducción vital dependen de la gestión de la reproducción del capital, la miseria y la superfluidad siguen siendo realidades latentes, potenciales o efectivas. Esta amenaza, ya realizada para algunos estratos de población en el capitalismo avanzado, se ha extendido a escala global en las últimas décadas. Pero, además, ya en el capitalismo avanzado esta potencialidad generaba daños psicofísicos, entre ellos el miedo y la frustración, que operaban como mecanismos de adaptación conformista a las crecientes demandas sociales⁹¹.

«(L)a realidad ha asumido tal dominio que sofoca al ego y devora su constitución más íntima a través del miedo efectivo»⁹². El incremento de adaptación a exigencias externas como presupuesto de la reproducción vital implicaba no sólo la profundización de la desposesión proletaria, sino también la crisis del ideal del individuo burgués⁹³. Esto es, la quiebra de las condiciones de posibilidad del ideal liberal del sujeto autónomo y responsable, sobre el que la sociedad burguesa había depositado sus ilusorias expectativas emancipadoras⁹⁴. «El individuo parece estar en camino hacia una situación en la que solo puede sobrevivir renunciando a su individualidad, difuminando el límite entre su Sí mismo y sus alrededores, y sacrificando la mayor parte de su independencia y autonomía»⁹⁵. Ciertamente, se trata de una figura ideal de libertad y responsabilidad falsable, tanto porque era inaccesible para el proletariado —que habría de estar necesariamente excluido de ella—, como porque se sostenía sobre

⁸⁷ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 359.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 359.

⁸⁹ ADORNO, Th. W., «Theodor W. Adorno sobre Marx y los conceptos fundamentales de la teoría sociológica», *op. cit.*, p. 427.

⁹⁰ ADORNO, Th. W., «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», *op. cit.*, p. 343.

⁹¹ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 359.

⁹² ADORNO, Th. W., «El problema del nuevo tipo humano», *op. cit.*, p. 12.

⁹³ Sobre la crisis del individuo burgués en Adorno, ver ZAMORA, J. A., «Th. W. Adorno y la aniquilación del individuo», en *Isegoría*, 28, 2003, pp. 231-143.

⁹⁴ «Hoy pierden cada vez más peso la competencia y la economía de libre mercado frente a las fusiones de grandes consorcios y los correspondientes colectivos. El concepto de individuo, surgido históricamente, alcanza su frontera histórica». ADORNO, Th. W., «Individuo y organización», *op. cit.*, p. 421-422.

⁹⁵ ADORNO, Th. W., «El problema del nuevo tipo humano», *op. cit.*, p. 12.

la heteronomía social general que implica la lógica del capital. Pero, también porque su fundamento residía en el principio de identidad. De modo que su crisis ofrecía la esperanza emancipadora de una posible constitución del sujeto que rompiera el «muro monadológico que encierra a cada individuo dentro del sí mismo»⁹⁶. Sin embargo, lamentablemente, su declive —vinculado a la crisis de las dinámicas de socialización y subjetivación constituyentes de la burguesía en el mundo liberal clásico— no se debió a la crítica o superación de su falsedad o momento negativo, que persistía en las condiciones del capitalismo avanzado, ni parecía estar dando lugar a una constitución psicosocial radicalmente emancipadora. Por el contrario, las condiciones sociales del capitalismo avanzado tendían a generalizar los rasgos burgueses más autoritarios y contraemancipadores como la frialdad, la racionalidad instrumental, la interiorización del sacrificio o la competencia, además de auspiciar a su vez nuevas formas de conformismo, irracionalismo o individualismo. Los rasgos autoritarios de la subjetividad, descritos al inicio de este texto, parecían estar ganando terreno. Pues la posibilidad de un yo fuerte era el precio a pagar por la adaptación a exigencias «que no se podían justificar racionalmente» y que reducían la vida a la mera autoconservación, al tiempo que implicaban una fuerte introyección del sacrificio⁹⁷.

En el ámbito laboral, la descomposición, especialización, mecanización y organización racional de las tareas en la producción en masa, que supuso la descualificación progresiva del obrero artesano, aumentaba el extrañamiento y la heteronomía en el trabajo, profundizando además en la potencial intercambiabilidad y superfluidad del proletariado, especialmente en condiciones de crisis y desempleo masivo⁹⁸. Pero, el empobrecimiento «espiritual» no se limitaba a la adaptación a la gestión racional y vertical del trabajo rutinario taylorista-fordista o a la potencial condición de sustituible o redundante del trabajo en el mercado laboral. La cosificación del ser humano propia de las sociedades capitalistas excedía ahora la reducción del sujeto a mero portador de fuerza de trabajo, a simple cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario⁹⁹. Como ocurría con la separación y la desposesión, la reificación se extendía ahora hasta el espacio del supuesto tiempo libre, atravesado por el consumo personal, con cuya expansión la renovada sociedad burguesa prometía, paradójicamente, la democratización del acceso a un espacio de libertad individual y gratificación singularizada en la libre elección de mercancías¹⁰⁰. Los análisis de la industria cultural de Adorno y Horkheimer revelan precisamente

⁹⁶ *Ibid.*, p. 15.

⁹⁷ ZAMORA, J. A., «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno», *op. cit.*, p. 1010; MAISO, J., *Desde la vida dañada*, *op. cit.*, pp. 253 y ss.

⁹⁸ ADORNO, Th. W., «Individuo y organización», *op. cit.*, p. 422; ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, pp. 361-362.

⁹⁹ COOK, D., «Adorno on Mass Societies», *op. cit.*, p. 36.

¹⁰⁰ ADORNO, Th. W., «Theodor W. Adorno sobre Marx y los conceptos fundamentales de la teoría sociológica», *op. cit.*, p. 428.

cómo ésta no sólo continúa, sino que intensifica la reificación en el supuesto tiempo liberado del trabajo¹⁰¹.

Si en el consumo productivo de su fuerza de trabajo el individuo era reducido a mero trabajo vivo objetivado, como sujeto de compra en el consumo personal lo era a un conjunto de variables —como el poder adquisitivo, la edad, el género o la localización geográfica—, codificadas en datos estadísticos para uso de la oferta rentable de la gran industria y del embaucamiento organizado de su publicidad¹⁰². Los bienes y servicios, producidos según circunstancias, hábitos y aspiraciones de los potenciales consumidores, incidían al mismo tiempo sobre sus preferencias e imaginarios, en la medida en que estaban asociados a marcadores simbólicos que producían la industria cultural y publicitaria —en un momento en que cada vez más necesidades y deseos eran producidos industrialmente y satisfechos bajo la forma mercancía—. Así como la constitución del público era parte del sistema de la industria cultural, la de los consumidores formaba parte de la articulación sistemática entre la gran industria y la producción cultural industrial¹⁰³. De este modo, el capital generaba tanto los productos como los códigos simbólico-culturales asociados a ellos, con cuya adquisición y combinación el sujeto habría de procurarse una identidad o estilo de vida propios. Así, los procesos de individuación estaban mediados por las dinámicas del mercado y de las prácticas de clasificación, organización y manipulación de la industria¹⁰⁴. También aquí, en esta forma de conformación de identidad, el sujeto se acomodaba a criterios heterónomos e irreflexivos, a un mundo simbólico producido o mediado por los intereses del capital. «La deshumanización no es propaganda o cultura, es la inmanencia de los oprimidos en el sistema. La miseria los dejó fuera. Pero hoy su miseria es el hecho de que no puedan salir»¹⁰⁵.

En este marco la lucha de clases se veía desplazada, metafóricamente, por una lucha por estatus y prestigio social, que encubría el antagonismo social que no había dejado de regir¹⁰⁶. La racionalidad burguesa de persecución del interés privado mediante el cálculo racional instrumental —ligada genéticamente a una moral ascética y productivista— se extendía más allá del ámbito profesional, hasta la búsqueda de distinción e identidad a través del cuidado de la selección mercantil. Reducida a un mero cálculo de medios en función de fines interesados, la facultad de juicio pasaba a aplicarse a la selección de mercancías cargadas de símbolos, y no, como prometía la Ilustración, a la persecución

¹⁰¹ MAISO, J., «Industria cultural: Génesis y actualidad de un concepto crítico», en *Escritura e imagen*, No. 14, 2018, pp. 133-148; DELLA TORRE, B., «Indústria Cultural: o conceito e sua atualidade em sete teses», en *Revista do centro de pesquisa e formação*, n° 17, 2023, pp. 176-193, aquí, p. 181.

¹⁰² COOK, D., «Adorno on Mass Societies», *op. cit.*, p. 36.

¹⁰³ ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, *op. cit.*, p. 166.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 166-169.

¹⁰⁵ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 363.

¹⁰⁶ COOK, D., «Adorno on Mass Societies», *op. cit.*, pp. 46-47.

de la autonomía como promesa de emancipación social y liberación del miedo. Con esta extensión de la lógica empresarial y la racionalidad instrumental a ámbitos que durante la época liberal habían estado separados —aunque sólo fuera aparentemente— del ámbito mercantil del interés privado, las determinaciones del capital pasaban a producir cultura de manera especialmente enfática. Además de transformar las formas y los contenidos del divertimento, la espiritualidad y la creatividad, o los códigos simbólicos y los imaginarios, producían también modalidades específicas de autoridad, identidad y gratificación.

El propio carácter indeterminado e irracional de la autoridad de la industria cultural y publicitaria, en tanto que psicotécnica de masas —como la propaganda fascista, productora de efectos psicosociales sobre elementos inconscientes de los sujetos— implica procesos de socialización e subjetivación específicos. El sujeto se adapta a sus criterios entregándose a su autoridad, así como a las autoridades que ensalza, sin que medie elección racional. Tampoco lo hace por identificación, ya que dicha autoridad no puede ser interiorizada al no ser representable. Los procesos de subjetivación en la industria cultural implican, por ello, la represión de impulsos, y no la sublimación o la modificación de éstos por efecto de otra identificación más fuerte. De modo que el individuo sólo puede obtener seudogratificaciones. «La industria cultural defrauda continuamente a sus consumidores de aquello que continuamente les promete»¹⁰⁷. El deseo que suscitan sus figuras e imágenes no puede ser satisfecho, por lo que el placer se prorroga de manera sempiterna, adoptando un carácter masoquista. Lo que resulta agradable al espectador no es «la satisfacción real que llega con la liberación de la tensión, sino la anticipación de la satisfacción a nivel de la fantasía. Más que satisfacción de alucinaciones, la industria cultural presenta al consumidor la alucinación de satisfacción»¹⁰⁸. Esto sirve, en última instancia, al «elogio de la rutina cotidiana» de la «que se desea escapar»¹⁰⁹. En este sentido, esta forma de individualidad no puede considerarse autónoma en un sentido enfático. Precisamente, el carácter unitario de la industria cultural reside en la generación de efectos calculados sobre un público al que al mismo tiempo satisface en sus «demandas»¹¹⁰. Pues, lo que ofrece son seudogratificaciones y compensaciones a constituciones psicofísicas producidas en las mismas condiciones sociales que dan sentido y forma a la industria cultural¹¹¹. Así, produciendo ciertas formas de oferta, la industria se asegura su demanda. «La unidad del sistema se da en realidad en el círculo de manipulación y de necesidad»¹¹². Su carácter unitario como productora de efectos y satisfactoria

¹⁰⁷ ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, op. cit., p. 184.

¹⁰⁸ MURPHY, J., «On the Authoritarian Personality», op. cit., p. 913.

¹⁰⁹ ADORNO, Th. W. y Horkheimer, M., *Dialéctica de la ilustración*, op. cit., p. 184.

¹¹⁰ DUARTE, R., «Industria Cultural 2.0», en *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, vol. 3, n.º 3, 2016, pp. 90-117, aquí p. 92.

¹¹¹ ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, op. cit., pp. 181-182.

¹¹² *Ibid.*, p. 166.

de demandas arraiga justamente en el miedo y la impotencia social, en la debilidad del yo. La industria cultural contribuyó de esta manera tanto al ocaso del individuo burgués, como al empuje en la caída del proletariado en su privación de autonomía incluso en la constitución de su propia individualidad. No se trata sólo de que ejerza influencia sobre ellos, «(l)a cultura de masas se limita a volverlos a hacer siempre como son ya, sin más, bajo la coerción del sistema, controla las fisuras, añade además la parte contraria oficial de la praxis como *public moral* de ésta, les proporciona modelos para la imitación»¹¹³.

Lejos de suponer la democratización del acceso a las falsas promesas de la formación burguesa (*Bildung*), la industria cultural habría contribuido a reforzar el conformismo y la regresión intelectual¹¹⁴. Junto con el «primado del efecto», el esquematismo de la percepción/producción propio de la industria cultural —que ofrece al tiempo el mecanismo perceptivo y la multiplicidad de lo sensible—, atrofia «la imaginación, la espontaneidad y el pensamiento crítico, condiciones de la autonomía racional y moral»¹¹⁵. En esta misma línea, el empleo sistemático de repeticiones, clichés y personalizaciones promueve, en lugar de la distancia y el razonamiento crítico, el pensamiento estereotipado y reduccionista¹¹⁶. Además, el seudorealismo de sus productos audiovisuales fomenta la astucia burguesa, reduciendo la razón a la identificación irreflexiva de aspectos de la dinámica social que resultan funcionales para la integración o el éxito individual. Por su parte, las figuras de identificación y autoridad —como las *celebrities*, los personajes de cine y televisión o los equipos deportivos— brindaban seudogratificaciones como, por ejemplo, la posibilidad de sentirse partícipes diría Adorno, «de hecho o de forma imaginaria en miembros de algo superior y más abarcador a lo que atribuyen cualidades de las que ellos mismos carecen y de lo que se benefician mediante una participación vicaria»¹¹⁷. La industria cultural ofrecía así ganancias narcisistas análogas a las de la propaganda fascista con sus líderes fuertes y comunidades de pertenencia puras. Pero sobre todo, la gramática característica de la industria cultural refuerza de este modo algunos de los rasgos autoritarios subjetivos como la estereotipación, la superstición, la dicotomización, la personalización, el conformismo o la astucia¹¹⁸.

En este sentido, la integración del proletariado en el consumo de masas y el garantismo del Estado de bienestar parecía más que frenar la tendencia a la debilidad del yo en el nuevo mundo administrado del capitalismo, en cierto

¹¹³ ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 363.

¹¹⁴ ADORNO, Th. W., «Teoría de la seudocultura», en *Obra completa* 8. Escritos sociológicos I, pp. 91-93.

¹¹⁵ ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, *op. cit.*, pp. 169-171; DELLA TORRE, B., «Indústria Cultural: o conceito e sua atualidade em sete teses», *op. cit.*, p. 181.

¹¹⁶ ADORNO, Th. W. y Horkheimer, M., *Dialéctica de la ilustración*, *op. cit.*, pp. 181-182.

¹¹⁷ ADORNO, Th. W., «Teoría de la pseudocultura», en *Obra completa* 8. *op. cit.*

¹¹⁸ Hoy no sólo se ha incrementado esta tendencia con las redes sociales, sino que además éstas sirven directamente para promocionar figuras autoritarias o líderes fascistas. Ver DELLA TORRE, B., «Indústria Cultural: o conceito e sua atualidade em sete teses», *op. cit.*, p. 185.

sentido, contribuir a acrecentarla¹¹⁹. Si Adorno analizó críticamente el consumo de masas y la industria cultural como espacios de seudautonomía, seudosingularidad y seudogratificación, no es sólo por su carácter quimérico, sino también por su función negativa en términos de emancipación. Su falsedad reside en la obstaculización de la realización de la libertad, la justicia y el bienestar porque, además de perpetuar la dominación abstracta, la coacción muda y el dominio de clase, inciden en la debilidad del yo, reproduciendo las heridas y los rasgos psicosociales que hacen a los sujetos vulnerables a la demagogia política y publicitaria.

En el siguiente apartado se analizarán las condiciones sociales del capitalismo contemporáneo de conformación de subjetividades que, en lugar de buscar salidas democráticas ante las crisis, se muestran indiferentes ante o proclives a respaldar políticas o movimientos de corte autoritario. Esto implica que la crisis contemporánea no sea sólo económica o institucional, sino también una crisis en la propia formación de la subjetividad democrática¹²⁰. La impotencia, el miedo y el daño a la autoestima —en los que arraigan los rasgos autoritarios explotados por la propaganda fascista— no han dejado de intensificarse en las últimas décadas, reproduciendo las condiciones psicosociales sobre las que Adorno advirtió el potencial regresivo del capitalismo avanzado, y confirmando su diagnóstico sobre la persistencia del potencial autoritario inscrito en las formas democracias formales capitalistas.

3. SUBJETIVACIÓN AUTORITARIA EN EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO: DARWINISMO SOCIAL, CRISIS DE LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA Y CULTURA DEL RENDIMIENTO

La reorganización del capitalismo que tuvo lugar a finales del siglo XX para garantizar la acumulación de capital sobre nuevas bases ha dado lugar a transformaciones sociales, políticas, culturales y antropológicas de gran calado. Uno de los cambios fundamentales, como ya se ha señalado, es la crisis de las condiciones de reproducción de la vida en el marco de la crisis de reproducción ampliada de capital. Con todo, hay elementos de la teoría de Adorno que siguen siendo relevantes para pensar el giro autoritario en la actualidad en relación con las formas sociales que impone la acumulación de capital como medios de autoconservación. A pesar del dinamismo y las asincronías de las sociedades capitalistas, hay fenómenos que se mantienen estáticos como el antagonismo de clase, la coacción muda o la dominación impersonal de la racionalidad del capital¹²¹. Otros, que tienen su génesis en momentos anteriores a la fase neoliberal, se han intensificado, tal y como ocurre con: la

¹¹⁹ MURPHY, J., «On the Authoritarian Personality», *op. cit.*, pp. 9000-9002.

¹²⁰ GANDESHA, S., «De la personalidad autoritaria a la personalidad neoliberal», *op. cit.*, p. 129.

¹²¹ PUZONE, V., «Por Uma Teoria crítica Do Autoritarismo», *op. cit.*, p. 288.

concentración de capital, el principio de la competencia, la mercantilización, la integración de la libido en la circulación de mercancías, la gramática de la industria cultural y la propaganda, la introyección del sacrificio en aras de la autoconservación, la sofisticación de los medios para la organización de fines irracionales o, finalmente, la brecha de poder entre el gran capital y el proletariado. En este sentido, en la crítica de Adorno del capitalismo avanzado hay elementos que permiten pensar la contemporaneidad, o bien porque anticipan fenómenos que se han intensificado en las últimas décadas, o bien porque permiten pensar el presente teniendo en cuenta su diferencia respecto de lo que hoy ya no es, como de lo que podría ser y nunca ha sido todavía. No se trata, por lo tanto, de que todos sus análisis o conceptos sigan siendo actuales y suficientes para explicar la contemporaneidad, sino de que algunos son relevantes, bien por su vigencia actual, bien por las transformaciones históricas que revelan. Específicamente, las observaciones de Adorno sobre la relación interna entre las condiciones sociales capitalistas y los rasgos autoritarios subjetivos ofrecen elementos relevantes para pensar el anclaje psicosocial de fenómenos fundamentales en el presente como los nuevos autoritarismos, fascismos, racismos o antisemitismos¹²².

Con el giro posfordista, el principio de intercambio capitalista —la privatización y mercantilización— ha seguido expandiéndose hasta ámbitos antes insospechados: órganos vitales, funciones ambientales como la polinización, partes del genoma, saberes comunitarios ancestrales, relaciones afectivas, elementos de la naturaleza indispensables para la vida, etc. A través de las políticas de privatización y liberalización, el mercado ha colonizado más elementos de la sociabilidad, de la esfera íntima y personal o de la naturaleza, haciendo cada vez más insignificante cualquier forma de autosubsistencia remanente. Así, la desposesión de medios de vida propios ha continuado extendiéndose y, con ello, la coacción muda. Pese a las promesas de la emprendeduría, la desregulación de mercados en pro de la competencia no ha dado lugar a la generalización de pequeñas propiedades empresariales, sino más bien a la externalización de funciones productivas y a nuevas modalidades de trabajo por cuenta propia altamente proletarizadas y precarizadas —como son los *riders*—. Lo que, en realidad, ha acentuado la desregulación de mercados, como el laboral, es la competencia intrínseca al capitalismo, tanto intra como interclasista¹²³. Por su parte, la concentración de capital no ha dejado de acrecentarse en viejos y nuevos sectores económicos como el agroalimentario, el energético, el textil, el digital o el cultural, tal y como visibiliza, entre otros fenómenos, la denominada economía de plataformas. A la par, se ha intensificado la centralización de toma de decisiones macroeconómicas en grandes instituciones

¹²² DEMIROVIC, A., «Una asociación de seres humanos libres», en *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, n.º 13, 2022, pp. 460-468, aquí, pp. 464- 468.

¹²³ BONEFELD, W., «Liberalismo autoritario, clase y rackets», en *Constelaciones.*, No. 13, 2022, pp. 448-445, aquí, p. 451.

transnacionales, en favor de los intereses del capital¹²⁴. A pesar del menoscabo de la soberanía nacional sobre la economía y del discurso neoliberal de la libre competencia, las condiciones de mercado para la acumulación de capital se siguen definiendo, negociando y gestionando a través de factores extraeconómicos, según el criterio de agencias estatales y transnacionales que hacen valer el interés del gran capital a nivel global. En este sentido, también la capacidad de coacción extraeconómica del gran capital se ha fortalecido¹²⁵. Pero, además, la racionalidad de la productividad y los criterios de rentabilidad y eficiencia se han hegemonizado como principio de gobierno personal e institucional, tanto sobre bienes públicos como privados¹²⁶. En este sentido, la administración de personas y cosas se está realizando cada vez más directa y abiertamente según la lógica de la rentabilidad económica, incluso fuera del ámbito empresarial¹²⁷. Pese a la crítica neoliberal de la burocracia, por su rigidez, derroche e ineficiencia, ésta se ha intensificado, sofisticando además sus medios con nuevas herramientas digitales —como los algoritmos, el *big data* o la vigilancia electrónica, entre otras—, más allá del ámbito público¹²⁸. Intensificación de la racionalización y tecnificación administrativa, ahora directamente según el criterio economicista de la rentabilidad, atraviesa casi todos los ámbitos, desde la gestión

¹²⁴ Ver HARVEY, D., *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007.

¹²⁵ La naturalización de esto se manifiesta en fenómenos como, por ejemplo, el apoyo a que propietarios de gran capital o grandes magnates ocupen cargos gubernamentales.

¹²⁶ Sobre los análisis del neoliberalismo realmente existente como racionalidad de gobierno de uno mismo y de otros basada en el modelo empresa y el principio de la competencia, que parten del estudio clásico de Foucault, *Nacimiento de la Biopolítica*. Madrid: Akal, 2009, ver: BROWN, W., *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso, 2016; LAVAL, Ch. y DARDOT, P., *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa, 2019.

¹²⁷ En 1969, en el prólogo a la reedición alemana de *Dialéctica de la Ilustración*, cuando Adorno y Horkheimer asumen el momento temporal de la verdad de su teoría indicando que desde que escribieron el texto ha habido cambios sustantivos, como el final del terror nacionalsocialista, al mismo tiempo señalan que ya entonces pudieron valorar la transición al mundo administrado, todavía vigente. ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, *op. cit.*, p. 49.

¹²⁸ DEMIROVIC («Una asociación de seres humanos libres», *op. cit.*, pp. 8-9) considera que la noción de «mundo administrado» de Adorno ya no es adecuada para captar la transformación actual de la burocracia debido a que las reorganizaciones del Estado de acuerdo a la nueva gobernanza y gestión pública —*new public management*— han supuesto que la administración integre formas de participación más horizontal o tomas de decisiones más negociadas y que, por lo tanto, ya no funcione en sentido autoritario-monocrático, sino mediante lo que denomina como «dominación por contingencia». No obstante, si bien es cierto que Demirovic señala transformaciones importantes en la organización interna de la burocracia estatal, sin embargo, ello no invalida la actualidad de la noción de mundo administrado en tanto que fenómeno de intensificación de la organización institucional y racionalizada de cosas y personas en aras de fines irracionales y heterónomos. Esta tendencia ha incrementado aunque los propios sujetos estén más implicados en la gestión. De hecho, las últimas décadas han supuesto una mayor sofisticación de los medios organizativos según fines heterónomos, tanto en el ámbito público como en el privado mercantil y en el personal.

de la fuerza de trabajo por los departamentos de recursos humanos hasta las reorganizaciones estatales impulsadas por instituciones transnacionales como el FMI, pasando por la gestión de uno mismo con tecnologías de optimización del yo. Los fenómenos de economización y mercantilización impulsan la desposesión de la condición proletaria al hacer que casi cualquier condición para la reproducción vital sea accesible únicamente a través del mercado.

En este marco, la subsistencia se sigue dando primordialmente mediante las formas sociales capitalistas que permiten adquirir dinero —salario, capital y renta—¹²⁹. No obstante, la promesa de acceso generalizado a condiciones dignas de reproducción vital a través de estas formas sociales parece estar llegando a un límite sustantivo. La reproducción de la totalidad social no garantiza la reproducción de la totalidad de las individualidades. Si la adaptación a estas formas sociales parecía ser la condición de integración, esta última ya no parece estar dada. El capitalismo contemporáneo no ofrece horizontes de bienestar generalizables, un cierto modelo de integración social universalizable, ni augurios de progreso hacia un futuro más justo y democrático, ni siquiera ya como falsas promesas, como en su época dorada. Esta inseguridad existencial afecta especialmente y con mayor crudeza a ciertos estratos del proletariado según su localización geográfica y posiciones de género. Las condiciones contemporáneas de acumulación de capital se traducen así en una crisis de la reproducción de la vida, especialmente de ciertas vidas. Entre los factores que en las últimas décadas han profundizado la crisis de la integración social y el deterioro de las condiciones de vida se encuentran: la crisis del trabajo asalariado garantizado como forma de integración social básica, el incremento de precios de bienes básicos de subsistencia, el menoscabo del salario indirecto, el incremento del trabajo doméstico no asalariado relativo tiempo libre por la privatización de actividades de cuidado¹³⁰, o la desprotección ante la amenaza de escenarios cada vez más inhabitables debido al cambio climático. Esta situación incrementa la impotencia y la inseguridad existencial, además de las experiencias de miedo, angustia o frustración. Pero, también profundiza rasgos autoritarios y viriles de la subjetividad, como la disposición a competir con uno mismo y con otros, que se declina políticamente en potencial indiferencia frente a la injusticia y el sufrimiento socialmente innecesario. El principio de la competencia, la racionalidad instrumental o la frialdad, así como los rasgos autoritarios

¹²⁹ Más aún en la actualidad, en la medida en que el salario indirecto estatal se ha deteriorado. Lo que ha supuesto, así mismo, el incremento del trabajo doméstico no asalariado de transformación de mercancías en productos finales para satisfacer necesidades de cuidado, higiene, crianza, etc. —para cuya adquisición se requiere acceso al dinero—. Ver: GONZALEZ, M. y NETON, J., «The logic of gender on the separation of spheres and the process of abjection», *Endnotes*, 3. *Gender, Race, Class and Other Misfortunes*, 2013, aquí 87-90; MUNRO, K., «“Social Reproduction Theory,” Social Reproduction, and Household Production», en *Science & Society*, Vol. 83, No. 4, 2019, pp. 451-468, aquí pp. 463-464.

¹³⁰ Ver: HESTER, H. y SRNICEK, N., *Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre*. Buenos Aires: Caja negra, 2024.

subjetivos, no son una prerrogativa del neoliberalismo, pero se recrudecen en el marco de las crisis contemporáneas.

La automatización e informatización de los procesos productivos está volviendo superflua una parte del trabajo asalariado, aumentando con ello el desempleo estructural¹³¹. En el centro capitalista, esta tendencia se agudiza por el fenómeno de la deslocalización industrial. También han aumentado el subempleo, así del trabajo temporal y el parcial, como efecto combinado de las transformaciones en los procesos productivos, la desregulación de las relaciones laborales y la crisis de la negociación colectiva, dando lugar a las figuras contemporáneas como el trabajador pobre o el pluriempleado. Además de la reducción relativa de la oferta salarial y el incremento de la competencia en la venta de la fuerza de trabajo, el salario actual no siempre paga el valor de su reproducción. A este escenario laboral se suma la tendencia a la desalarización del trabajo, vinculada a dinámicas como la externalización de procesos productivos y las nuevas empresas-plataforma. El incremento del trabajo por cuenta propia en figuras como el falso autónomo, el *freelance* o la empresa unipersonal incide en la precarización laboral, ya que no cuentan con las garantías jurídicas y el proteccionismo estatal del trabajo asalariado¹³². En muchos casos se trata una forma de proletarianización extrema porque, aunque dependen de las condiciones impuestas por grandes corporaciones para obtener ingresos e incluso sus medios de producción, se relacionan con ella como si fueran otra empresa, sin protecciones laborales. Por su parte, con esta modalidad de trabajo, las empresas externalizan algunos medios de producción y la función de gestión de la fuerza de trabajo en los propios individuos, incluidos los costes de seguridad y protección, además de evitar el conflicto social¹³³. En este sentido, la promoción de la identificación de los sujetos con la figura del emprendedor constituye, en cierto modo, una manera de garantizar un «orden social» conveniente para el capital. Por todo ello, esta forma de trabajo expresa la doble tendencia actual de proletarianización extrema de las condiciones de reproducción de la vida y de neutralización del conflicto social¹³⁴.

¹³¹ FINESCHI, R., «Violencia, clases y personas en el capitalismo crepuscular», *El viejo topo*, Núm. 399, 2021. Sobre los problemas y debates entorno a los desarrollos tecnológicos, la destrucción de empleo y la crisis, ver: ZAMORA, J. A., «Fuerza de trabajo excedente y lógica sistémica del descarte», en *Iglesia viva: revista de pensamiento cristiano*, Núm. 295, 2023, pp. 127-132, aquí pp. 129-130.

¹³² BOLOGNA, S., *Crisis de la clase media y posfordismo*: Madrid, Akal, 2006.

¹³³ El caso paradigmático de esta tendencia son las empresas plataforma, que se han extendido en regiones periféricas y semiperiféricas. Estas «logran evadir responsabilidades patronales y trasladar a los individuos los riesgos, (...) no eliminan la dependencia económica, sino que la reestructuran bajo una ideología de “autoemprendimiento”, intensifican “rasgos centrales del neoliberalismo, especialmente la precarización del trabajo y la mercantilización de la vida cotidiana” y, además, difunden “el ideal neoliberal de responsabilizar al individuo por su éxito o fracaso”». Eduardo Altheman, *Theses on Platform Capitalism and Neoliberalism. Reflections on Global Trends From the (Semi)Periphery of Capitalism*, pp. 210-213.

¹³⁴ BONEFELD, W., «Liberalismo autoritario, clase y rackets», *op. cit.*, p. 454.

A este deterioro de las condiciones de existencia vinculado a la crisis del trabajo asalariado garantizado se suma el menoscabo del proteccionismo social del Estado en los países donde se implementó sustantivamente. Los recortes en gasto social y la privatización de ciertas prestaciones han supuesto un deterioro de servicios públicos como la sanidad, la educación o el transporte¹³⁵. La privatización de algunas actividades de cuidado y su consiguiente desplazamiento al ámbito privado del hogar y la familia constituyen una de las expresiones más significativas de estas transformaciones¹³⁶. En un momento en que el salario masculino típicamente fordista se ha visto desplazado por la necesidad de al menos dos ingresos salariales para el mantenimiento de una familia, no sólo se ha incrementado la carga de tareas reproductivas, sino que éstas siguen recayendo tendencialmente sobre las mujeres, que soportan una doble carga de trabajo, reproductivo y profesional¹³⁷. Más aún, debido a la externalización que realizan los hogares con cierta capacidad adquisitiva, las tareas de cuidado las llevan a cabo, sobre todo, personas migrantes feminizadas, en condiciones laborales particularmente deplorables o inhumanas¹³⁸. A estas dificultades para la reproducción de la vida se añade el encarecimiento de bienes básicos de subsistencia como la vivienda, la alimentación, el agua, la electricidad o el transporte, debido a la especulación financiera en ciertos mercados y al agotamiento derivado de la depredación de materias primas y suministros energéticos. En este marco, el proletariado está desposeído no sólo de medios de producción, sino también del acceso a un salario que le garantizaría la adquisición de los bienes que requiere para su reproducción, lo que le dificulta la posibilidad de afrontar la amenaza de escenarios cada vez más inhabitables debido a las transformaciones climáticas. Esta dinámica de deterioro de los mecanismos de reproducción de la fuerza de trabajo se acompaña de una intensificación del principio de la competencia propio del capitalismo, que se

¹³⁵ Los recortes en gasto social se justifican por la crisis fiscal de los Estados. Sobre la relación de la crisis fiscal con las actuales condiciones de rentabilidad, ver: FINESCHI, R., «Violencia y estructuras sociales en el capitalismo crepuscular», en *Revista Tlatelolco*, pp. 30-44, aquí p. 41.

¹³⁶ Sobre la dimensión disciplinaria y represiva del Estado a través del proteccionismo social, ver: MUNRO, K., «Unproductive Workers and State Repression» en *Review of Radical Political Economics, Union for Radical Political Economics*, Vol. 53, No. 4, 2021, pp. 623-630.

¹³⁷ Según DEL CAMPO, F., («New Culture Wars: Tradwives, Bodybuilders and the Neoliberalism of the Far-Right», en *Critical Sociology*, Vol. 49 (4-5), 2023, pp. 689-706), la tendencia neoliberal a hacer que la reproducción de la fuerza de trabajo se dé sólo a través del mercado habría incidido en la disposición restauradora del modelo tradicional de familia y sus roles de género. En la medida en que sobre el espacio doméstico recaen más tareas reproductivas debido a la retira del Estado, al neoliberalismo le interesaría su naturalización y generización. Esto explicaría la actual afinidad política entre conservadurismo y neoliberalismo respecto a sus posiciones antifeministas. Lo que habría que explicar a partir de aquí, aunque excede el alcance de este trabajo, es su apoyo social, esto es, la constitución sociopsíquica del sujeto antifeminista.

¹³⁸ Ver: FARRIS, S. R., «Social Reproduction, Surplus Populations and the Role of Migrant Women». *Viewpoint Magazine*, Issue 5: Social Reproduction, 2015.

despliega incluso fuera del ámbito laboral, por ejemplo, en el acceso a servicios públicos o en la disputa por los beneficios de rentas inmobiliarias.

Todos estos fenómenos inciden en la actual tendencia al deterioro de las condiciones de vida, que afecta a las clases medias aspiracionales de nuevo y viejo cuño —como la llamada aristocracia obrera, los profesionales cualificados, la pequeña burguesía o ciertos empleados públicos—, amenazando el mantenimiento de su capacidad adquisitiva, empleo, estatus social o el valor de sus ahorros. Pero, sobre todo y de manera más atroz, estas condiciones afectan a los estratos sociales más bajos del proletariado que no disfrutaban de herencias familiares o de la condición de ciudadanía, arrastrándolos hacia la marginalidad, la pobreza o la economía sumergida, en la que se encuentra alrededor del sesenta por ciento de la población activa mundial¹³⁹. El aumento de la llamada por Marx sobrepoblación relativa latente y estancada es uno de los rasgos fundamentales de nuestra contemporaneidad, que responde a los procesos de concentración y centralización del capital¹⁴⁰. En la actualidad la población que no tiene horizontes de integración en el mercado laboral formal, ni disfruta de las protecciones de la condición de ciudadanía, se ve empujada a trabajos extremadamente irregulares y precarios, cuyos salarios están muy por debajo del valor de su reproducción. Estos trabajos irregulares, a los que se ve abocado tendencialmente el proletariado migrante ilegalizado, sostienen sectores caracterizados por una mano de obra barata, una alta intensificación del trabajo y una baja composición orgánica, como ocurre en la agricultura y la ganadería, el trabajo textil, la limpieza y el cuidado de personas dependientes, la minería o la construcción, entre otros. En este sentido, las políticas de control de fronteras que implican la existencia de migración ilegal constituyen una forma de gestión estatal del abaratamiento de la fuerza de trabajo. A partir de los años setenta del siglo pasado, las migraciones del centro a la periferia han permitido la acumulación intensiva de capital en países avanzados mediante la sobreexplotación de personas «sin papeles»¹⁴¹. Esto explica, entre otros factores, que el proletariado sobrante en la actualidad pertenezca a las categorías sociales de minorías racializadas, migrantes o refugiados. Sometido a condiciones de sobreexplotación y precariedad vital extrema en trabajos informales, este proletariado tiene importantes problemas para acceder a la alimentación, la salud, la vivienda o el transporte; lo que le imposibilita, en muchos casos, entrar en un nuevo ciclo de venta de su fuerza de trabajo, sin recurrir a deudas vitales¹⁴².

¹³⁹ ZAMORA, J. A., «Fuerza de trabajo excedente y lógica sistémica del descarte», *op. cit.*, pp. 128-129.

¹⁴⁰ FINESCHI, R., «Violencia, clases y personas en el capitalismo crepuscular», *op. cit.*, s/n.

¹⁴¹ PIQUERAS, A., «Las migraciones humanas en el capitalismo. Movilidad de la fuerza de trabajo de reserva», en *El blog de Andrés Piqueras. De este lado de la trinchera*, s/n.

¹⁴² SAVAŞ KARATAŞLI, S., «Surplus Populations, Working-Class Struggles and Crises of Capitalism: A World-Historical Materialist Reconceptualization», en *Marxism, Social Movements and Collective Action*. Adrián Piva y Agustín Santella (eds.). London: Palgrave Macmillan, 2022, pp. 207-249, aquí pp. 224-225.

Y lo aboca, en algunos casos, a la venta de sus propios órganos, funciones vitales o productos ilegales para sobrevivir. En este sentido, la masa de población que tiene dificultades sustanciales para acceder a la riqueza social a través del mercado, del amparo institucional o de los cada vez más deteriorados vínculos de solidaridad directa posee hoy un rostro racializado y trayectorias migrantes personales o familiares. La realidad del proletariado sobrante, característica ya de la periferia durante la época dorada del capitalismo, se extiende de este modo hasta el centro capitalista¹⁴³. En paralelo, también lo hace el trabajo informal en el que la relación entre empleador y empleado, o pagador y cliente, carece de las mínimas garantías del derecho liberal burgués, y con frecuencia implica formas de dominación directa y servil que amparan la extorsión, el engaño o la agresión. Todavía más que las nuevas formas de trabajo por cuenta ajena, el trabajo informal en condiciones capitalistas es representativo de la tendencia contemporánea a la máxima proletarización, a la desposesión y separación extrema, incluso de las formas burguesas de protección del individuo en tanto sujeto de compra y venta de la fuerza de trabajo¹⁴⁴.

Este contexto de crisis de los mecanismos capitalistas de reproducción de la vida y de competencia desregulada —en el que sigue vigente el principio meritocrático liberal, pero sin aspiración a la igualdad de oportunidades— constituye una suerte de darwinismo social de facto, en el que el individuo es responsabilizado de la suerte de su propio destino a pesar de sus circunstancias y de las condiciones de su posición social. La última fantasía del *homo oeconomicus* se traduce así en individuos desprovistos de cualquier protección externa y dependientes de manera absoluta del mercado para su reproducción vital. Aislados en su marco familiar, han de esforzarse por proteger y preservar sus privilegios o procurarse su autoconservación sin garantías de éxito ni de amparo si fracasan, aunque sus condiciones de partida sean ya las del perdedor. Aquí encuentra su fundamento el imperativo de la autosuperación, que se despliega al tiempo que las cambiantes exigencias sociales que recaen sobre los sujetos derivadas de la flexibilidad de los procesos productivos o los ciclos de las modas. En este marco se ancla también la representación de la sociedad como un espacio de recursos escasos y relaciones de fuerza, donde la rivalidad se justifica en tanto que sólo unos pocos pueden sobrevivir en condiciones dignas. En este sentido, la ideología del darwinismo social y la responsabilidad individual funcionan como racionalización y justificación de la creciente desigualdad social, la precarización de las condiciones de vida o la indiferencia hacia el sufrimiento social, así como de las experiencias de sufrimiento propio o las disposiciones competitivas. Se trata de una seudoracionalización porque omite no sólo que estos fenómenos no responden a una necesidad socio histórica, sino también su irracional «necesidad» dentro de las condiciones

¹⁴³ FINESCHI, R., «Violencia y estructuras sociales en el capitalismo crepuscular», *op. cit.*, p. 38.

¹⁴⁴ «Ya percibían la injusticia de la explotación capitalista, pero ahora experimentan incluso la propia cancelación existencial como Persona del intercambio», *Ibid.*, p. 36.

de la acumulación de capital en la actualidad. Así, esta representación reduccionista, acrítica y naturalizante presenta el actual darwinismo social como el destino de la humanidad, obstaculizando su posible superación mediante una nueva organización del metabolismo social democrática, autónoma y racional. Pero esta ideología contiene, sin embargo, un momento de verdad en tanto que «capta», aunque sea acrítica y superficialmente, el carácter darwinista de las condiciones sociales del capitalismo contemporáneo¹⁴⁵. Si bien se vehicula a través de discursos como el del emprendimiento o el del éxito —en espacios educativos, en la industria cultural o en las agencias de recursos humanos—, encuentra sin embargo su momento de verdad en la objetividad misma de las condiciones sociales presentes. Constituye, de este modo, una forma de seudorealismo que permite racionalizar y justificar tanto la experiencia del sufrimiento propio como la del ajeno. En este sentido, la asimilación de los principios del darwinismo social y la responsabilidad individual tiene efectos psicosociales y políticos anti-emancipadores y autoritarios: vehicula la justificación, el recrudecimiento y la negación de numerosas formas de dominio de los otros y de la propia naturaleza interna. En concordancia con la tendencia civilizadora de la modernidad capitalista que señaló Adorno, la cultura del éxito promueve una racionalización acrítica, amoral y apolítica de medios para la consecución de fines irracionales desde el punto de vista tanto de la emancipación individual como colectiva, incitando además formas de autoconservación autodestructivas, así como la construcción espectral del otro como un ser amenazante sobre el que descargar la rabia y proyectar la responsabilidad del malestar social. La asimilación de esta seudoracionalidad implica la identificación del interés particular con los valores hoy hegemónicos, que coinciden con los criterios del éxito social: el poder, la riqueza, la capacidad de consumo o la atención de los otros¹⁴⁶. La aspiración sociopolítica acorde con esta visión es la de la libertad para afirmarse sin límites y sin responsabilizarse de los efectos de las propias acciones. Se trata, en realidad, de una forma de seudolibertad, porque la autonomía no es un predicado del individuo sino de cuerpos sociales¹⁴⁷.

En la tendencia a la asimilación del darwinismo social y la cultura del éxito se expresa otro de los rasgos característicos de la contemporaneidad, que

¹⁴⁵ Aunque no sea necesaria, la ideología del darwinismo social es una forma de falsa conciencia condicionada, en cierto sentido, por una realidad social. En este sentido, algunas categorías sociales del avance del capitalismo se pueden pensar dialécticamente en tanto que con algunas de ellas ocurre como con el fenómeno del fetichismo de la mercancía señalado por Marx, en el sentido específico en que «las categorías de la apariencia son realmente también categorías de la realidad, esto es dialéctica», pese a que no en toda su falsa apariencia se derive necesariamente de su esencia. ADORNO, Th. W., «Theodor W. Adorno sobre Marx y los conceptos fundamentales de la teoría sociológica», *op. cit.*, p. 425.

¹⁴⁶ ALBINO PACHECO FILHO, R., «El capitalismo neoliberal y su sujeto», en *Teoría y crítica de la psicología*, 2, 2012, pp. 113-125, aquí p. 120.

¹⁴⁷ SAFATLE, V., «A Molecular Counter-Revolution: Psychic Crisis and Fascism from a Global South Standpoint», *op. cit.*, pp. 130-131.

consiste en que las dinámicas de socialización implican cada vez más la movilización de la individualidad y la captación de la libido¹⁴⁸. Este plus de subjetivación atraviesa tanto el ámbito laboral como su afuera, en una articulación continua entre ambos. Las personas, en tanto que potencial o actual portadoras de fuerza de trabajo, son cada vez más cooptadas por el proceso productivo, constituyendo la subjetividad un factor central de integración y no tanto de distorsión¹⁴⁹. En el marco de las transformaciones posfordistas, la adaptación por coacción muda del trabajo a su forma social ha implicado una intensificación de la movilización libidinal en el ámbito laboral. La promesa de autonomía en las modalidades horizontales de gestión laboral y de realización

¹⁴⁸ Las formas sociales presupuestas en el movimiento del capital implican ya de suyo ciertas modalidades de subjetivación. A un nivel general Marx había señalado esto con la noción de carácter-máscara: en la medida en que el individuo ha de adaptarse a las determinaciones de las formas sociales que cumplen funciones económicas en el proceso de valorización, parte de su comportamiento implica una personificación de dicha función. «En la teoría marxiana de la máscara se contiene el concepto de rol. Solo que en ella se deriva de condiciones objetivas, el rol le viene dictado al sujeto por la estructura». (ADORNO, Th. W., «Theodor W. Adorno sobre Marx y los conceptos fundamentales de la teoría sociológica», *op. cit.*, p. 426). En este sentido, «(c)uando la economía de libre mercado suprimió el sistema feudal y precisó tanto del empresario como del libre asalariado, se constituyeron estos tipos no sólo profesionalmente, sino a la vez antropológicamente; ascendieron conceptos como el de la responsabilidad de sí mismo, la previsión, el individuo autosuficiente, el cumplimiento del deber, pero también el de la rígida obligación moral, el vínculo con las autoridades interiorizado». No obstante, Marx no entró a analizar la psique de estos tipos antropológicos, puesto que en su crítica lo que le interesaba era precisamente mostrar la falsedad de la individualidad porque presupone una autonomía imposible en condiciones capitalistas y surge como efecto de la figura histórica del individuo atomizado en relaciones de mercado. (ADORNO, Th. W., «Reflexiones sobre la teoría de clases», *op. cit.*, p. 362). Se podría decir, sin embargo, que los efectos antropológicos del mecanismo de la personificación fue un objeto de análisis de Adorno, en relación a fenómenos socio-históricos específicos como el individuo burgués, la industria cultural, la propaganda fascista, las formas de superstición, etc. En el capitalismo avanzado, los seres humanos estaban cada vez más «forzados en sus más íntimas emociones a adherirse al mecanismo social como portadores de un rol y a modelarse sin reservas según este mecanismo» (¿Capitalismo tardío y sociedad industrial?, 336). Esto sigue siendo actual. No obstante, se ha de tener en cuenta que los modos de subjetivación vinculados a las formas sociales de acceso a la riqueza social en el capitalismo —capital, trabajo y renta— están atravesados por las especificidades epocales, geográficas y sectoriales, que se entrelazan además con otras posiciones sociales en relación al género o la raza. Además, en la actualidad se ha de atender no sólo a las formas sociales de trabajo asalariado y capitalista, sino también a las dinámicas de socialización e individualización vinculadas a las nuevas formas de trabajo por cuenta propia —condicionadas por determinaciones por las formas sociales capital y proletariado—, o a las del trabajo informal en la economía sumergida. En cualquier caso, más allá de la complejidad, multiplicidad y especificidad de los factores que intervienen en la constitución de la subjetividad, es posible advertir una tendencia a la movilización de más elementos de la individualidad en los procesos de socialización propios en las últimas décadas. Sobre la relación entre trabajo y subjetividad, ver: CATALINA GALLEGO, C., «Trabajo, desposesión y sufrimiento en el capitalismo. De la crisis del mundo liberal al neoliberalismo», en *Bajo Palabra*, No. 33, 2023, pp. 49-80.

¹⁴⁹ ZAMORA, J. A., «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno: tensiones y mediaciones entre teoría de la sociedad y psicoanálisis», *op. cit.*, p. 1021.

personal mediante la identificación con el desempeño profesional, pese a su falsedad, ha tenido efectos reales como modo de subjetivación. Ciertamente, la horizontalidad organizativa ha supuesto la transferencia al trabajador de la responsabilidad de identificar las condiciones de productividad y eficiencia que, en el marco de la competencia, dictaminan el éxito o el fracaso de sus decisiones¹⁵⁰. En la medida en que los criterios del adecuado desempeño laboral son objetivamente externos al sujeto, se trata de una falsa promesa de libertad. No obstante, en muchos casos los criterios son asimilados como propios por parte de los sujetos, lo cual incentiva también su identificación como culpables del fracaso. Por su parte, la promesa de autorealización en el trabajo, que invita a obtener gratificaciones en el desempeño laboral, encuentra también su momento de falsedad en la caracterización del buen profesional basada en el cumplimiento celoso de tareas laborales debidas, y no tanto en la adquisición de saberes y habilidades específicas que sirvan para una finalidad colectiva y conscientemente elegida. En este sentido, la cultura del goce-rendimiento ha implicado la reducción de la distancia del trabajador respecto de las condiciones de su dominación, incentivando la asimilación de los principios de la racionalidad del capital como propios. Pero, además, la promesa de auto realización alienta una forma de dominio sobre uno mismo como medio de gratificación que puede llegar al extremo de la extenuación. La asimilación de los criterios del rendimiento hace que el sujeto asimile como propia una racionalidad heterónoma e irracional que impone el sacrificio como medio de gratificación hasta niveles a veces autodestructivos¹⁵¹. De modo que el propio individuo se encarga de ejercer sobre sí mismo la violencia social mediante una disciplina flagelante¹⁵². Pues, lo que en las actuales condiciones le pertenece al sujeto, además de la movilización de su libido, es sobre todo la culpa del fracaso.

Precisamente, la articulación de la cultura del rendimiento, la competitividad y la responsabilidad individual, en el marco de la crisis de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, hace que el esfuerzo desmesurado implique un plus de sufrimiento más que constituir un medio para la auto-realización¹⁵³. Si bien el individuo es impelido a poner a disposición de la

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 1023.

¹⁵¹ Se podría hablar de una tendencia a la empatización con la forma capital, parafraseando a Benjamin. Se trata, en última instancia, de la tendencia a la identificación con el agresor que se produce en las condiciones neoliberales de inseguridad existencial, tal y como lo ha planteado Samir Gandesha articulando los análisis de Adorno con Ferenczi («De la personalidad autoritaria a la personalidad neoliberal», *op. cit.*, pp. 144 y ss.).

¹⁵² Ejemplo de ello es la identificación de los trabajadores de plataforma con la figura del empresario y no con la figura del trabajador, ejerciéndose sobre sí mismos las condiciones de sobreexplotación. PUZONE, V., «Por Uma Teoria crítica Do Autoritarismo: Democracia Formal E relações De dominação Burguesas», *op. cit.*, p. 307.

¹⁵³ «La supuesta iluminadora función del neo-liberalismo al nivel del individuo (...) (e) n vez de contribuir a condiciones de madurez política, (...), ha llevado a un surplus de agresividad, humillación y culpa». GANDESHA, S., «De la personalidad autoritaria a la personalidad neoliberal», *op. cit.*, p. 131.

competencia todos sus recursos, en condiciones de desempleo estructural y de sobrecualificación generalizada, no tiene garantías de empleabilidad o posibilidad de facturación, por lo que su esfuerzo no se ve siempre recompensado¹⁵⁴. En tal sentido, la competitividad en el capitalismo contemporáneo, aunque pueda ser en cierto modo una elección personal, constituye, sobre todo, un imperativo para buena parte de la población. Es una cuestión de supervivencia. Y, sin embargo, la asimilación de sus principios hace que el fracaso se experimente como culpa propia. Pues la responsabilidad individual no refiere en la actualidad, ni siquiera como ideal, a la asunción de los efectos de un comportamiento consecuente con cierto deber moral o principios políticos de justicia, sino más bien a una forma de castigo del fracaso que, cuando se trata del propio, se traduce en autoflagelación. De modo que la movilización de la subjetividad en estas condiciones hace que el daño a la autoestima sea más intenso, profundizando la herida narcisista que infringe la condición de impotencia social. Los frutos que promete el sacrificio no siempre se hacen efectivos, como tampoco puede realizarse el sujeto como un yo autónomo que pueda ser diferente sin miedo. En definitiva, las transformaciones neoliberales en el ámbito laboral no sólo implican experiencias tendenciales de extenuación, ansiedad o frustración, sino también la violencia flagelante de la auto culpabilización.

Por otra parte, la movilización de la subjetividad en las dinámicas socializadoras trasciende el ámbito estrictamente laboral. Esta tendencia ya fue señalada por Adorno en fenómenos de la industria cultural y del consumo de masas como, por ejemplo, en la construcción de la individualidad mediante elecciones mercantiles e identificaciones con figuras mediáticas¹⁵⁵. En las últimas décadas, se ha ampliado de manera exponencial tanto la mimesis de figuras de influencia, como también la elección de un estilo personal mediante la selección de preferencias mercantilizables de movilidad, ocio, alimentación, higiene, crianza o incluso rasgos psíquicos y físicos. Los códigos de distinción de la publicidad y la industria cultural se ofrecen en la actualidad como medios para la construcción de una marca personal mediante la compra de bienes o servicios que prometen la selección racionalizada incluso de rasgos físicos y mentales. Cuerpo y mente aparecen aquí como instancias moldeables mediante el cálculo y el dominio. Esta tendencia ha llegado incluso a la disposición a esculpirse en cuerpo y alma para alcanzar la mejor versión de uno mismo que ofrecen tanto las fantasías que alientan los modelos de influencia en la industria cultural o como las imágenes de aplicaciones como *Snapchat*, *FaceApp* o *YouCam*. Estas disposiciones se materializan en el desarrollo exponencial de una multiplicidad

¹⁵⁴ Debe someterse además a evaluaciones constantes de su desempeño que dictaminan si es apto para mantener su empleo, examinando no sólo su cualificación o cumplimiento de sus tareas, sino también el celo y disposición con lo que lo hace, la lealtad a la empresa, la disponibilidad o la capacidad de sacrificio.

¹⁵⁵ SCHILLER, H.-E., «The administered Word», *op. cit.*, pp. 841-842.

de tecnologías de optimización del yo¹⁵⁶, que contienen invitaciones a un autoperfeccionamiento cuasi ilimitado y carente de reflexividad o crítica sobre los fines. Sin embargo, si bien estas tecnologías pueden tener un momento de verdad como ámbitos del cultivo de la singularidad y el cuidado de sí, también contienen su negación o sus opuestos. Como invitaciones a la mejora ilimitada del yo alimentan fantasías de omnipotencia y suficiencia, como la idea de que todo está a disposición de la voluntad o de la capacidad adquisitiva individuales; esto es, que el triunfo es efecto de la mera determinación¹⁵⁷. Además, estas técnicas vehiculan la asimilación de los principios del movimiento del capital que se han hegemonizado en el capitalismo contemporáneo como valores individuales: acumulación dineraria, rendimiento, gestión racional, depredación, competitividad, triunfo, superación, indiferencia de medios, etc. Fomentan, así, la reducción hobbesiana de la libertad al poder como mera capacidad para realizar lo que se quiera. Mientras que, como productos mercantiles, reproducen en realidad las condiciones de desposesión ampliada. En este sentido, en condiciones de impotencia social y daño a la seguridad personal, la industria parece ofrecer seudoganancias narcisistas mediante fantasías de empoderamiento que reproducen la impotencia social y la debilidad del yo¹⁵⁸.

Pero, además, en la medida en que, en muchos casos, las técnicas de mejoramiento del yo están dirigidas a la creación de una imagen para los demás, puede identificarse en ellas no sólo la dependencia del sujeto de juicios externos, sino también la conversión del propio yo en objeto de intervención psicotécnica calculada para generar efectos en otros. La construcción actual de la individualidad como marca personal supone una forma de cuidado de sí que descuida el cultivo de la autonomía moral y racional o la solidaridad, centrándose en la apariencia. La psicotecnica de masas, que la industria cultural y publicitaria comenzó a usar para producir de manera calculada ciertos

¹⁵⁶ Una de ellas es el trabajo estético sobre el cuerpo, que se ejecuta mediante ejercicios de gimnasio, depilaciones, correcciones posturales, baños de sol, mimesis gestuales, cirugías estéticas, modulaciones del habla y un largo etcétera de prácticas. Otras son las técnicas de autoayuda para el desarrollo, por ejemplo, de inteligencia emocional estratégica que ofrecen aspecto seguro, irradiación de felicidad, trucos de seducción, apariencia de cercanía, o un largo etcétera. Están también las nuevas herramientas de gestión racional del tiempo y del espacio, que incluyen infinitud de métodos de planificación de tareas, de organización del descanso, de evitación de la distracción y la procrastinación, de gestión por lotes de lo urgente y lo importante o de aprovechamiento del espacio para el almacenaje.

¹⁵⁷ SADIN, É., *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*. Buenos Aires: Caja Negra, 2022, p. 73.

¹⁵⁸ «La crisis crónica del yo tiene su origen en una desmesurada responsabilización de sí y una exigencia desbordada de autenticidad e individualidad. Por un lado, se alimenta la ficción de un yo soberano y por otro se minan las posibilidades de su realización. Precisamente esta es la base objetiva del modelo narcisista analizado por Adorno. Sin embargo, ahora el sufrimiento no nace del conflicto interno mediado por la coacción objetiva, sino de la completa adaptación a lo dado exigida por esa coacción bajo la forma de pseudo-individualidad» (ZAMORA, J. A., «Individuo y sociedad en ADORNO, Th. W., tensiones y mediaciones entre teoría de la sociedad y psicoanálisis», *op. cit.*, p. 1028).

efectos en la audiencia, se ha desarrollado, en la actualidad, para intervenir sobre uno mismo con miras a producir efectos en los otros. En este sentido, las técnicas de marketing y la psicología de masas que analizó la teoría crítica en su génesis, además de haber ampliado su aplicación en el ámbito político y el empresarial mediante la propaganda y la publicidad¹⁵⁹, se han desarrollado también para el cultivo calculado de la imagen personal y la gestión de la puesta en escena. En la construcción de la marca personal, estas técnicas se ejercen directamente sobre la propia persona. El caso más extremo de esta tendencia podría ser la figura del *influencer*, que consiste en convertirse uno mismo en un espacio publicitario, una mercancía destinada a publicitar otras. Para construir una imagen que tenga influencia en las elecciones de compra de los seguidores es necesario racionalizar y calcular no sólo la puesta en escena, sino también elementos de su propia vida. La figura del *influencer* constituye, en cierto modo, una psicotécnica de masas ejercida sobre la propia persona: una forma de organizar el yo y la vida según los efectos deseados sobre los seguidores en tanto que consumidores de su influencia y de las mercancías que publica¹⁶⁰.

En definitiva, la articulación entre el carácter darwinista de las condiciones sociales y la cultura del goce-rendimiento explica que el sujeto se comporte tendencialmente como un empresario de sí: asimilando la competencia como principio de su comportamiento, empleando estratégicamente cualquier elemento de su vida como si fuera un recurso y haciendo propaganda de sus cualidades como potencial empleado o facturador. El individuo emprendedor, la última versión quimérica del *homo oeconomicus*, constituye, de este modo, una expresión de la tendencia actual a la dependencia absoluta del mercado para la reproducción de la vida o, dicho de otro modo, la extrema proletarización en tanto que desposesión y separación. Cuerpo y mente se presentan, en este contexto, como instancias maleables en aras de la integración social. El cálculo estratégico se extiende así a muchos ámbitos de la vida más allá de la economía, alcanzando incluso la propia singularidad, lo que implica no sólo la perpetuación del olvido de que el sujeto es también naturaleza, sino también la intensificación del dominio atroz sobre la misma —más allá de que esta tenga historia—¹⁶¹.

En este marco, la necesaria adaptación en las condiciones actuales de marcada desposesión e inseguridad existencial no se produce sin fisuras. Por una parte, porque el sujeto tiene límites psicofísicos, afectivos y culturales; esto es, tiene un cuerpo, unos hábitos y afectos que no son absolutamente moldeables frente a las ilimitadas exigencias de adaptación, que además son tan flexibles como los procesos productivos y extensibles a casi todos los aspectos de la vida. Estos límites adaptativos se expresan en las formas de sufrimiento características de nuestra época, como el agotamiento, el estrés, la depresión o la angustia.

¹⁵⁹ COOK, D., «Adorno on Mass Societies», *op. cit.* p. 42.

¹⁶⁰ La monetización de elementos de la vida para construir un perfil de influencia constituye también una promesa de acceso rápido al dinero en las condiciones de crisis actual.

¹⁶¹ Ver: ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, *op. cit.*

Pero también se revelan en formas de resistencias inmediatas y parciales como las nuevas preferencias por lo *slow*, la preocupación por la salud mental, el abandono de trabajos altamente exigentes, la puesta en valor del cuidado o la búsqueda de autosuficiencia alimentaria y energética, entre otros. Por otra parte, la adaptación social encuentra otra fisura en el hecho de que ni el esfuerzo extenuante ni el cálculo estratégico extremo aseguran al proletariado contemporáneo el éxito, ya sea en la defensa de privilegios o en lograr una mínima subsistencia digna. Mientras que los sujetos son alentados a la competencia y al esfuerzo jubiloso, el peligro de la pérdida del empleo o de la ausencia de demanda de servicios para los emprendedores desde la miseria sobrevuelan como una admonición para buena mayor parte de la población global. Esta amenaza de fracaso tiene su reverso en la condición de intercambiabilidad y superfluidad que señaló Adorno como una condición del trabajo en el capitalismo avanzado, y que en la contemporaneidad se ha intensificado sustantivamente¹⁶².

En este sentido, las condiciones del capitalismo contemporáneo, además de producir patologías como el *burntout*, la ansiedad o el estrés, generan también una creciente sensación de agravio ante la falta de reconocimiento del esfuerzo, daño a la autoestima por la conciencia de la impotencia y la vulnerabilidad, experiencias de miedo e inseguridad existencial ante la posibilidad de la marginalidad, dificultad del goce ante la constante estimulación de deseos, sensación de abandono ante la carencia de sostén, mala conciencia en la reproducción del daño o, finalmente, autoflagelación cuando el fracaso se asimila como culpa propia. Pero, además, las condiciones sociales actuales generan y alimentan de una manera particularmente marcada algunos de los rasgos autoritarios analizados por la Teoría Crítica, como el convencionalismo y el rechazo de la alteridad, la personalización y la estereotipación, la preocupación por el éxito, la glorificación del poder y el desprecio a los débiles, la personificación y el señalamiento de chivos expiatorios, el darwinismo meritocrático o, especialmente, la frialdad. El miedo, del cual la Ilustración prometía la liberación como condición de la emancipación, se expande ahora con todas sus consecuencias. Quizás esto pueda explicar, en cierto modo, que todo este malestar no parece estar declinándose, de manera general, en una praxis emancipadora que ponga fin a las formas sociales de dominación que lo generan. Más bien, parece hacerlo en apoyo a movimientos y políticas autoritarios que normalizan algunos elementos fascistas.

La frialdad, que ya identificó Adorno como un rasgo tendencial del nuevo tipo humano, parece haberse generalizado más allá del individuo burgués y recrudescido hasta su expresión política en la indiferencia social¹⁶³. Las altas cuotas de sufrimiento que soporta el sujeto lo distancian tanto de su dolor como

¹⁶² PIQUERAS, A., «Las migraciones humanas en el capitalismo. Movilidad de la fuerza de trabajo de reserva», s/n.

¹⁶³ ADORNO, Th. W., «El problema del nuevo tipo humano», *op. cit.*, 15). Sobre la frialdad en Adorno, ver MAISO, J., «Sobre la producción y reproducción social de la frialdad», en J. A. ZAMORA y R. MATE y J. MAISO (coords.): *Las víctimas como precio necesario*. Madrid: Trotta, 2016, pp. 51-70.

del ajeno. En la actualidad, la frialdad parece encontrar una racionalización y justificación en los discursos abiertos de glorificación del poder y de desprecio hacia los considerados fracasados, débiles o peligrosos, propios de los nuevos radicalismos de derechas y de la cultura del éxito-rendimiento¹⁶⁴. Estos rasgos autoritarios, que la teoría crítica había identificado en el capitalismo avanzado y, en cierto modo, en el carácter viril del individuo burgués, parecen intensificarse y generalizarse. El poder se exhibe hoy sin tapujos y con orgullo como valor en sí mismo, en el sentido en que se representa como expresión del éxito personal en la lucha por la supervivencia en el marco de una sociedad cuya naturaleza se entiende como intrínsecamente conflictiva. El poder sería así la marca de una superioridad conquistada que otorga el derecho a su ejercicio, más allá de la justificación social de los fines a los que sirve y de los medios que emplea. En este marco, las desigualdades sociales y políticas no resultan objeto de crítica o de indignación como formas de injusticia socialmente innecesarias, ni pretenden ser justificadas como medios para un horizonte futuro más igualitario o democrático. El dominio de los otros se reconoce cada vez más abiertamente como lo que es, una relación de fuerza, y también como lo que no es: el fruto de una formación sociohistórica específica susceptible de ser transformada. No se trata de que la dominación impersonal del capital se presente como lo que es a la inmediatez de la conciencia —que el capital haya perdido su hechizo fetichista— o que haya sido definitivamente suplantada por formas de coerción directa y abierta —aunque, ciertamente, estas han sido fundamentales en el avance del capitalismo y se están intensificando en la actualidad—. Se trata más bien de que el ejercicio mediado o inmediato del dominio sobre los otros no genera rubor, sino orgullo. Lo que es abierto es la vanagloria de ocupar una posición de superioridad dentro del orden social dado, en la medida en que expresa que se está entre los ganadores. El poder constituye, además, un factor de identificación con las figuras que lo detentan, en la medida en que ofrece ganancias narcisistas frente a la impotencia social. Estas formas de glorificación del poder e identificación con figuras poderosas se articulan, de este modo, con el desprecio hacia los considerados perdedores y la agresividad hacia quienes son señalados como peligrosos. Precisamente, el fracaso o la amenaza constituyen dos rasgos característicos de los espectros contemporáneos del otro, con los cuáles se justifica la indiferencia ante su sufrimiento.

No se trata de tendencias epocales absolutas, pero sí sustantivas. Son una expresión del recrudescimiento de los rasgos autoritarios subjetivos en las condiciones actuales de crisis de reproducción de la vida, en las que la integración de todos no está garantizada, la de muchos de los integrados se deteriora, y

¹⁶⁴ En este sentido, la exhibición de riqueza y poder; la paulatina ausencia de censura social a alcanzar objetivos produciendo dolor o injusticia, el hedonismo indiferente a otros, la importancia de cualidades estéticas más que éticas, la valoración del prestigio social y la imagen, el reclamo irresponsable del derecho al placer individual, entre otros, constituyen rasgos tendencias importantes en el presente. ALBINO PACHECO FILHO, R., «El capitalismo neoliberal y su sujeto», pp. 120-123.

otras formas de subsistencia son cada vez más difíciles. El miedo, la impotencia y el daño a la autoestima ante formas de poder social a las que los sujetos han de someterse para su autoconservación, pero que escapan a su comprensión e intervención inmediata como individualidades, no han dejado de crecer. Lo mismo ocurre con los rasgos autoritarios que hacen a los sujetos susceptibles de recibir la propaganda fascista. La asimilación de los principios del darwinismo social y su reverso, el incremento de la indiferencia social, son una manifestación de ello. En este sentido, el giro autoritario en la actualidad puede identificarse además de en el auge de nuevos radicalismos de derechas, también en la aceptación social de políticas de marcado carácter exclusivistas y antidemocrático en todo el espectro político. Esta forma de desplazamiento autoritario puede observarse en la indiferencia ante —o el apoyo a— políticas que implican el sufrimiento de otros, la injusticia social manifiesta o el menoscabo de ciertas garantías democráticas, tales como: la regulación de fronteras, la exclusión de la condición de ciudadanía de ciertas personas migrantes, la cohabitación con personas sin papeles en condiciones laborales miserables, los efectos de los recortes en gasto social, la demanda de punitivismo penal, la criminalización de la miseria, la desprotección del acceso a bienes básicos como la vivienda, la reducción de libertades civiles y la persecución de la protesta, o la existencia prolongada de un genocidio en Gaza. Se trata de lo que Zeynep Gambetti, desde un marco analítico deleuziano, ha denominado como microfascismos, para señalar la extensión y normalización inmanente al capitalismo actual de una multiplicidad de prácticas y políticas de corte autoritario¹⁶⁵.

Sin embargo, la asimilación del darwinismo social y el endurecimiento ante el dolor ajeno encuentran hoy un cauce privilegiado en los nuevos radicalismos de derecha, que canalizan las disposiciones autoritarias que generan las condiciones sociales actuales¹⁶⁶. La agitación de la extrema derecha aprovecha así el miedo y la impotencia social generados por la crisis de reproducción de la vida y las formas de dominación del capitalismo contemporáneo. Ante el darwinismo social que rige de facto, estos movimientos ofrecen una promesa de salvación

¹⁶⁵ ZEYNEP, G., «Immanence, Neoliberalism, Microfascism: Will We Die in Silence?», en *Deleuze and Guattari and Fascism*, DOLPHIJN, R. y BRAIDOTTI, R. (eds.). Edinburgh: Edinburgh University Press, 2023, 39-64. Gambetti considera que el fascismo contemporáneo no ha de pensarse tanto como una organización de masas tradicional y una estructura totalitaria del Estado, sino más bien como un proceso que atraviesa la inmanencia del capitalismo neoliberal en una multiplicidad de pequeñas prácticas autoritarias de rechazo del otro, racismo cotidiano, hostilidad hacia inmigrantes o minorías y goce en la sumisión y en la represión.

¹⁶⁶ Esta aproximación al giro autoritario contemporáneo permite cuestionar la lectura reduccionista que atribuye el apoyo a la extrema derecha, de manera casi exclusiva, a las clases medias y trabajadoras empobrecidas por las políticas neoliberales. Según KUMRAL, S. y KARATAŞLI, S. S., («Capitalism, Labour and the Global Populist Radical Right» en *Global Labour Journal*, Vol. 11 No. 2, 2020, 152-155.), tal enfoque, fuertemente occidentalocéntrico, no alcanza a explicar el auge de los autoritarismos en países periféricos, donde las clases medias —lejos de verse perjudicadas— han sido beneficiarias directas de dichas políticas y constituyen, por tanto, una de las principales bases sociales de apoyo a regímenes de corte autoritario.

individual seudorrealista, fundada en la integración en una comunidad de protegidos frente a las figuras de lo otro amenazante, que se ha de combatir. En esta línea, Vladimir Safatle¹⁶⁷ ha señalado que la extrema derecha actual está asumiendo una posición seudorrealista ante la crisis: reconoce que no hay posibilidad de salvación para todos y que, por lo tanto, parte de la población ha de perecer. En consecuencia, se ofrece como protectora de la porción de la sociedad que ha de salvarse, erigiéndose en garante del orden social de la comunidad mediante la exclusión y la persecución de los grupos considerados amenazantes o fracasados parásitos sociales¹⁶⁸. De este modo, la extrema derecha contemporánea formenta el vínculo entre miedo y frialdad —en la forma de sadomasoquismo—, que Adorno identificó como uno de los núcleos libidinales del fascismo, promoviendo la tendencia actual a la generalización del paradigma de la guerra como modelo de gobierno y principio de constitución subjetiva¹⁶⁹. El sujeto se ha de concebir, así, como un combatiente en una lucha permanente por la supervivencia frente a otros. En cierto modo, la propaganda del radicalismo de derechas hoy promueve la asunción de que la guerra ya no se produce sólo de manera pacificada a través de la competencia mercantil, sino de modo abierto, mediante formas sociales y políticas que excluyen a parte de la población; al tiempo que promete la mejora de la posición individual mediante la pertenencia a un grupo de protegidos.

La figura espectral del otro como enemigo desempeña aquí un papel central. No importa la correspondencia entre la imagen del otro y la realidad —como ocurría con la figura del judío para el antisemita o la del comunista para el fascista—, sino los rasgos psicosociales que su codificación fantasmagórica como otro moviliza en unas condiciones sociales específicas. En la actualidad, la figura predilecta del otro para muchos de los movimientos autoritarios la constituyen ciertos grupos específicos de migrantes —diferentes en cada región, pero tendencialmente ilegalizados, hiperexplotados o culturalmente estigmatizados—, además de determinados sectores transfeministas y de la izquierda. Como ha señalado Samir Gandesha: «Hoy, podemos decir, nuevos grupos han venido a ocupar el lugar de los judíos»¹⁷⁰. En estas figuras del otro como enemigo se condensan las dos «ofertas» complementarias de la extrema derecha: por una parte, la promesa de protección en la guerra de todos contra todos y, por otra parte, la obtención de ganancias narcisistas mediante la identificación con la comunidad de los supuestamente fuertes y vencedores —tendencialmente chovinista¹⁷¹— y el señalamiento de chivos expiatorios sobre los que canalizar la rabia y proyectar la responsabilidad del malestar social. La exclusión, la indiferencia o incluso la violencia abierta contra los considerados enemigos —amenazas y

¹⁶⁷ SAFATLE, V., «A Molecular Counter-Revolution», *op. cit.*

¹⁶⁸ FINESCHI, R., «Violencia y estructuras sociales en el capitalismo crepuscular», *op. cit.*, pp. 37-38.

¹⁶⁹ *Ibid.*, pp. 123-125.

¹⁷⁰ GANDESHA, S., «De la personalidad autoritaria a la personalidad neoliberal», *op. cit.*, p. 148.

¹⁷¹ BONEFELD, W., «Liberalismo Autoritario, Clase Y Rackets», *op. cit.*, p. 456.

parásitos— reproducen, así, la lógica libidinal del fascismo y el antisemitismo clásico, en la que las gratificaciones narcisistas se alimentan del sufrimiento infligido a los débiles y la sumisión al poder. Perfilar al otro como amenaza o parásito permite justificar dejarlos perecer, lo que, en muchos casos, se traduce en mantenerlo sometido a formas de aguda expropiación y la expropiación para beneficio propio. Justamente, es la población sobrante, aquella que no tiene posibilidades de integración en las condiciones sociopolíticas del capitalismo contemporáneo, la que deviene el chivo expiatorio predilecto de los movimientos autoritarios. El empuje de aquellos a los que las condiciones del capitalismo contemporáneo ya hacen caer revela la barbarie de nuestro presente. Hoy la vieja máxima —«lo que cae, eso es lo que debéis empujar»—, identificada por Adorno como consigna de la sociedad de clases, condensa el principio de una racionalidad que ejerce violencia directa sobre los más damnificados por la violencia estructural. Tal vez una de las tareas del pensamiento crítico consista hoy en pensar las tendencias antiautoritarias capaces de arraigar la superación del orden social en el que se ancla este mandato de empujar lo que ya está siendo derribado.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th. W. y Horkheimer, M. (2018). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta.
- Adorno, Th. W. (2003). «Antisemitismo y propaganda fascista», en *Ensayos sobre propaganda fascista*. Barcelona: Voces y Culturas, pp. 9-22.
- Adorno, Th. W. «Capitalismo tardío y sociedad industrial?», en *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, pp. 330-344.
- Adorno, Th. W. (2021). «El problema del nuevo tipo humano», Carlos Marzán Trujillo y Chaxiraxi Escuela Cruz (Trad. y notas), en *Revista Laguna*, núm. 48, pp. 9-17.
- Adorno, Th. W. «Individuo y organización», en *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, pp. 412-426.
- Adorno, Th. W. (2003). «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista», en *Ensayos sobre propaganda fascista*. Barcelona: Voces y Culturas, pp. 23-52.
- Adorno, Th. W. «Reflexiones sobre la teoría de clases», en *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, pp. 347-364.
- Adorno, Th. W. «Teoría de la pseudocultura», en *Obra completa 8. Escritos sociológicos I*, pp. 91-93.
- Adorno, Th. W. (1966). «Teoría de la pseudocultura», en Th. W. Adorno y M. Horkheimer *Sociológica*. Madrid: Taurus, pp. 175-199.
- Adorno, Th. W. (2017). «Theodor W. Adorno sobre Marx y los conceptos fundamentales de la teoría sociológica. A partir de los apuntes del seminario del semestre de verano de 1962» en *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, vol. 8, n.º 8-9, diciembre de 2017, pp. 419-430.
- Adorno, Th. W. (2003). *Ensayos sobre propaganda fascista*. Barcelona: Voces y Culturas.
- Adorno, Th. W. (2020). *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas*. Barcelona: Taurus.
- Althemann, E. (2025). «Theses on Platform Capitalism and Neoliberalism – Reflections on Global Trends From the (Semi)Periphery of Capitalism», en *triple C: Communication, Capitalism & Critique*, Vol. 23, No. 2, pp. 205-222.
- Bologna, S. (2006). *Crisis de la clase media y posfordismo*. Madrid: Akal.

- Bonefeld, W. (2022). «Liberalismo autoritario, clase y rackets», en *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, n.º 13, pp. 448-445.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona, Malpaso.
- Campo, F. del (2023). «New Culture Wars: Tradwives, Bodybuilders and the Neoliberalism of the Far-Right», en *Critical Sociology*, Vol. 49 (4-5), pp. 689-706
- Catalina Gallego, C. (2024). «Consideraciones sobre la familia en Th. W. Adorno y M. Horkheimer. Autoridad, individuo y totalidad social capitalista», en *Aisthesis*, No. 76, pp. 207-239.
- Catalina Gallego, C. (2023). «Trabajo, desposesión y sufrimiento en el capitalismo. De la crisis del mundo liberal al neoliberalismo», en *Bajo Palabra*, No. 33, pp. 49-80.
- Cook, D. (2001). «Adorno on Mass Societies», en *Journal of Social Philosophy*, 32, 1, pp. 35-52.
- Debord, G. (2000). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-textos.
- Della Torre, B. (2023). «Indústria Cultural: o conceito e sua atualidade em sete teses», en *Revista do centro de pesquisa e formação*, n.º 17, pp. 176-193.
- Demirovic, A. (2022). «Una asociación de seres humanos libres», en *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, n.º 13, pp. 460-468.
- Duarte, R. (2016) «Industria Cultural 2.0», en *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, vol. 3, n.º 3, pp. 90-117.
- Farris, S. R. (2015). «Social Reproduction, Surplus Populations and the Role of Migrant Women», en *Viewpoint Magazine, Issue 5: Social Reproduction*.
- Fineschi, R. (2021). «Violencia, clases y personas en el capitalismo crepuscular», en *El viejo topo*, Núm. 399.
- Fineschi, R. «Violencia y estructuras sociales en el capitalismo crepuscular», en *Revista Tlatelolco: Democracia democratizante y cambios social. Dossier Especial: Rasgos y tendencias del capitalismo contemporáneo*, pp. 30-44.
- Foucault, M. (2009). *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid, Akal.
- Gambetti, Z. (2023). «Immanence, Neoliberalism, Microfascism: Will We Die in Silence?», en *Deleuze and Guattari and Fascism*, Rick Dolphijn y Rosi Braidotti (eds.). Edinburgh: Edinburgh University Press, pp. 39-64.
- Gandesha, S. (2017). «De la personalidad autoritaria a la personalidad neoliberal», en *Estudios políticos*, No.41, pp. 127-155.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hester, H. y Srnicek, N. (2024). *Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre*. Buenos Aires: Caja negra.
- Horkheimer, M. (2005). «Autoridad y familia en el presente» en *Sociedad, razón y libertad*, Jacobo Muñoz (ed.). Madrid: Trotta, pp. 81-97.
- Şahan Savaş, K. (2022). «Surplus Populations, Working-Class Struggles and Crises of Capitalism: A World-Historical Materialist Reconceptualization», en *Marxism, Social Movements and Collective Action*. Adrián Piva y Agustín Santella (eds.): London, Palgrave Macmillan, pp. 207-249.
- Şefika, K. y Şahan Savaş, K. (2020). «Capitalism, Labour and the Global Populist Radical Right», en *Global Labour Journal*, Vol. 11 No. 2, pp. 152-155.
- Laval, C. y Dardot, P. (2019). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Maiso, J. (2018). «Industria cultural: Génesis y actualidad de un concepto crítico», en *Escritura e imagen*, No. 14, pp. 133-148.

- Maiso, J. (2013). «La subjetividad dañada. Teoría crítica y psicoanálisis», en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, No. 5, pp. 132-150.
- Maiso, J. (2022). *Desde la vida dañada. La teoría crítica de Theodor W. Adorno*. Madrid: Siglo XX.
- Maiso, J. (2016). «Sobre la producción y reproducción social de la frialdad», en J.A. Zamora y R. Mate y J. Maiso (coords.): *Las víctimas como precio necesario*. Madrid: Trotta, pp. 51-70.
- Marx, K. (2017). *El Capital. Tomo I*. Madrid: Siglo XXI.
- Maya Gonzalez, M., Neton, J. (2013). «The logic of gender on the separation of spheres and the process of abjection». *Endnotes*, Vol 3. *Gender, Race, Class and Other Misfortunes*, pp. 56-91.
- Munro, K. (2019). «“Social Reproduction Theory,” Social Reproduction, and Household Production», en *Science & Society*, Vol. 83, No. 4, pp. 451-468.
- Munro, K. (2021). "Unproductive Workers and State Repression" en *Review of Radical Political Economics, Union for Radical Political Economics*, Vol. 53, No. 4, pp. 623-630.
- Murphy, J. (2018). «On the Authoritarian Personality», en *The SAGE Handbook of Frankfurt School Critical Theory*, Beverly Best, Werner Bonefeld y Chris O’Kane (eds.). Los Ángeles: SAGE, pp. 899-915.
- Pacheco Filho, R. A. (2012). «El capitalismo neoliberal y su sujeto», en *Teoría y crítica de la psicología*, 2, pp. 113-125.
- Piqueras, A. (2023). «Las migraciones humanas en el capitalismo. Movilidad de la fuerza de trabajo de reserva», en *El blog de Andrés Piqueras. De este lado de la trinchera*. Online: <https://andrespiqueras.com/2023/10/01/las-migraciones-humanas-en-el-capitalismo-movilidad-de-la-fuerza-de-trabajo-de-reserva/> Consultado el 6 de octubre de 2023.
- Puzone, V. (2022). «Por Uma Teoria crítica Do Autoritarismo: Democracia Formal E relações De dominação Burguesas», *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, No. 13, pp. 286-311.
- Rodríguez, E. (2022). *El efecto clase media. Crítica y crisis de la paz social*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Sadin, É. (2022). *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Safatle, V. «A Molecular Counter-Revolution: Psychic Crisis and Fascism from a Global South Standpoint», en *Crisis & Critique*, Vol. 11, Issue 1, pp. 120-141.
- Schiller, H.-E. (2018). «The administered Word», en *The SAGE Handbook of Frankfurt School Critical Theory*, Beverly Best, Werner Bonefeld y Chris O’Kane (eds.). Los Ángeles: SAGE, pp. 834-869.
- Zamora, J. A. (2023). «Fuerza de trabajo excedente y lógica sistémica del descarte», en *Iglesia viva: revista de pensamiento cristiano*, N°. 295, pp. 127-132.
- Zamora, J. A. (2018). «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno: tensiones y mediaciones entre teoría de la sociedad y psicoanálisis», en *Veritas*, Vol. 63, No 3, pp. 998-1028.
- Zamora, J. A. (2003). «Th. W. Adorno y la aniquilación del individuo», en *Isegoría*, 28, pp. 231-143.